

GEORGES NORMANDY

---

# EL FINAL DE MAUPASSANT

---

*«La humilde verdad.»*

Traducción de José Manuel Ramos González  
para

<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

ALBIN MICHEL, EDITOR  
PARIS – CALLE HUYGHENS, 22 – PARIS. 1927

A LA MEMORIA  
DE

LAURE DE MAUPASSANT

Y DE SU GENIAL HIJO,  
HONOR Y GLORIA DE SU ILUSTRE FAMILIA,  
DEDICO ESTAS DOLOROSAS PÁGINAS  
DONDE LA VERDAD DESVANECE VEINTE LEYENDAS Y LAS ENGRANDECE TODAVÍA  
EN EL ESPÍRITU Y EN EL CORAZÓN DE LOS HOMBRES DE NUESTRA GENERACIÓN.

G.N.

## CAPÍTULO I

### EL PRECIO DE LA GLORIA

Acometo una obra delicada, no tanto por su trágica temática – pues el especial Albert Lumbroso y Louis Thomas han sido el primero temerario y el otro tan preciso como era posible en la época en la que aparecieron sus obras<sup>1</sup> – sino por la incertidumbre actual de la Medicina.

Es posible que este libro enfrente, una vez más, a los adversarios de toda publicación, de todo examen, incluso de toda crítica póstuma, con los partidarios de todos los estudios, de toda la luz, de toda la verdad. Este conflicto nunca acabará ya que tiene lugar entre el Sentimiento y la Razón.

¡Indiscreción, abuso, sacrilegio! claman los primeros. Conocimiento, documentación necesaria para las futuras generaciones, derechos de la historia del Espíritu humano, responden los otros. Elevándome por encima de estas contingencias transitorias, no dudo en situarme entre estos últimos... con dos condiciones, a saber: 1º Que, únicamente, los hombres de gran valor sean el objeto de estas investigaciones; 2º Que estos estudios mantengan siempre un carácter respetuoso, científico – y que sean llevadas con el mayor tacto, llegando a profundizar tanto como los documentos y los hechos lo permitan. Demasiados buscadores de archivos, en efecto, nos invaden con la publicación de los *fondos de cajón* de cualquier hombre, - y demasiadas ratas de biblioteca imprimen errores a través de obritas banales o inútilmente escandalosas.

Los porteros, los barrenderos, los albañiles jubilados están al abrigo de nuestras indiscreciones, pero nadie es indiferente en lo que concierne a un hombre de genio. Mostrando este ser excepcional, no como aparentó ser, sino como fue, estudiamos la humanidad en uno de sus especímenes más complejos, en uno de sus grandes tipos. Después de haber honrado a la *Estatua*, rendimos homenaje al *Hombre*, pues no dejamos de estar, según palabras de Guy de Maupassant asistiendo a la última restauración del monumento a Flaubert, « inundados de respeto ». Nada, por otra parte, puede disminuir la gloria de esos apellidos ilustres: por haber sufrido, por haberse debilitado, por haber luchado, son más que grandes.

André Maurel ha escrito, sobre esto, unas frases que se deberían citar más a menudo. Afirma que no tenemos incluso derecho de elegir entre los documentos relativos « a Aquellos que se distinguen entre los hombres » y que, por el hecho de pertenecer *íntegramente* a la posteridad - « y ni únicamente a la parte de la que ellos quisieron ofrecer su imagen ». Explica: «... Nosotros, contemporáneos, somos malos jueces del valor de las cosas. Estamos demasiado cerca para no estar ofuscados por su perfume todavía vivo. Pero, incluso cuando seamos capaces de analizarlas, habría todavía que pensar que esos fragmentos que configuran hoy nuestro juicio, mañana contendrán alguna cosa más. Eso que no posee ninguna significación para una, dos o tres generaciones, sí la toma de inmediato para la quinta. Es de este modo como nos ha llegado todo aquello que sabemos del pasado, por los detalles que, durante siglos, fueron insignificantes y vanos. Nuestro conocimiento, y por tanto uno de los elementos que forman el alma del mundo, se está enriqueciendo gracias a fútiles migajas. Unos detalles ínfimos de Homero o de Tito Livio nos han abierto una gran ventana sobre Grecia y sobre Roma. » Y André Maurel concluye: « La psicología del genio es la guía más segura en el estudio del espíritu. La sociedad debe ayudar. Ocultar alguna cosa, engañar, mentir, es por tanto pecar contra su semejante. »

---

<sup>1</sup> Cf. *Souvenirs sur Guy de Maupassant*, por Lumbroso (Bocca hermanos editores, en Turín) y *La Maladie et la Mort de Maupassant*, por Louis Thomas. (Arthur Herbert, ed. en Bruges)

Yo no ocultaré nada, lo que nos permitirá acabar con algunas leyendas, - pero está lejos de mí la intención de ser irrespetuoso hacia una ilustre familia, benevolente y comprensiva, ni hacia la memoria de una admirable madre que no fue culpable más que de audaces, nobles o piadosas mentiras.

Si, para que no se me acuse de fantasías novelescas, reproduzco algunos inofensivos fragmentos de documentos capitales, evitaré dar el texto integral de las obras sobre las que trabajo.

Agruparé y ordenaré los hechos.

Concluiré apenas. Sobre todo no juzgaré. ¿Quién podría hacerlo en realidad? La ciencia, sobre todo en el dominio en el que vamos a entrar, no puede afirmar nada. ¿Cuántos sabios ilustres vieron, antes de morir, sus teorías volverse caducas y sus propios discípulos contradecirlas? ¿Cuántas veces hemos visto imponerse y destrozarse dogmas científicos? ¿Con qué serenidad nuestros mejores profesores enseñaban contradicciones sobre contradicciones emanadas de sus colegas, o de ellos mismos? La Ciencia en último término no es más que un sistema cambiante de verdades provisionales.

A los críticos malintencionados o doctrinales que me reprocharán ser demasiado prudente o demasiado audaz, les recordaría el gesto de Walter Raleigh, prisionero en la Torre de Londres.

Finalizaba el segundo tomo de su famosa *Histoire du Monde*.

El ruido de un altercado en la calle, le hizo abrir la ventana. Vio a dos hombres que se batían y los observó atentamente. En el momento en el que se dispuso a cerrar la ventana, uno de sus amigos entró a que le contase la escena.

- Usted no ha visto bien – respondió el recién llegado.- Yo estaba allí, muy cerca. Y lo que ocurrió fue otra cosa.

Cuando su amigo lo dejó, Walter Raleigh reflexionó:

- Si me hacen dudar de un hecho del que yo he sido testigo, y testigo desinteresado, ¿qué escribiría entonces sobre los sucesos del pasado?

Y arrojó al fuego el precioso manuscrito que acababa de firmar.

He aquí por lo que no queremos dejar de perdernos nada de lo que concierne a los hombres de genio de nuestra época y a la vez evitar la tentación de enunciar al respecto « verdades definitivas ».

Ahora bien, más que sobre ningún otro escritor célebre, leyendas de todas clases circularon y circulan todavía sobre la vida de Guy de Maupassant, desde su nacimiento<sup>1</sup> hasta su muerte.

Este libro no tendrá más merito que aportar nuevas luces sobre la existencia atroz y magnífica de un hombre cuyo trágico destino fue el de un héroe de Esquilo.

---

<sup>1</sup> Cf. *La vie anecdotique de Guy de Maupassant*, por Georges Normandy (Rasmussen, ed. 1926.)

## CAPITULO II

### EL MISTERIO DEL ATAVISMO

Nosotros poseemos pocas informaciones precisas sobre el estado físico y psíquico de los antepasados de Maupassant.

Su abuelo paterno, Louis de Maupassant, que explotaba un dominio agrícola en la Neuville-Champ-d'Oisel (Sena-Inferior) manifiesta alguna pasión política: Destacó por sus sentimientos hostiles hacia el Imperio. Se había casado con una criolla de la isla Bourbon, la señorita Murria, cuya belleza fue celebre durante mucho tiempo en la región. De este matrimonio nacieron Paul-Alfred Le Poittevin y Laure Le Poittevin, madre de Guy y de Hervé de Maupassant.

¡Aquí he de ser brutal, por desgracia! como la verdad.

Hay que decir que en materia de herencia, tanto como en otra, se debe uno guardar de todo sistema, de toda manía científica. Los especialistas más competentes reconocen que en este dominio hay siempre algún misterio, - y tal vez éstos se mantendrán por siempre. Sin embargo, pese a que sus leyes sean desconocidas más o menos, la herencia no es una base demasiado frágil cuando se trata de Guy de Maupassant. Esta nos proporciona, en efecto, casi todos los componentes de esta fuerza intelectual y corporal, así como la presencia de los gérmenes destructivos que ella portaba desde el principio.

El interés público es la Señal y el Precio de la gloria. Estoy obligado a constatar que, mientras la señora Laure de Maupassant pretende (y lo ha pretendido hasta su último aliento, negando los hechos e incluso las evidencias) que la locura de Maupassant fue un hecho aislado ya que él había mantenido su juicio hasta entonces « física y moralmente con un admirable equilibrio », su propósito es una respetable y piadosa mentira. Ella disimula las taras hereditarias de su ilustre linaje. Gustave de Maupassant no hará otro tanto.

Veamos esto más de cerca.

Se sabe que la amistad de Flaubert y de su hermana Caroline con Alfred Le Poittevin y su hermana Laure fue algo muy puro y encantador.

Alfred era el líder del grupo. De elocuencia brillante, de inteligencia y espíritu, ejerce sobre la formación intelectual de sus tres compañeros una considerable influencia.

Especialmente, el espíritu de Flaubert recibe del de Alfred un impronta imborrable – y fue gracias a él que Laure (del que Louis fue el primer profesor, como Gustave lo fue de Caroline) comenzó a amar las Letras y conoció a fondo a los clásicos – aprendió inglés – pues Le Poittevin, que leía correctamente el latín, leía igualmente, en el texto, a Shakespeare, su autor favorito.

La camaradería de estos jóvenes tuvo por marco habitual el Hospital Dieu de Rouen, lugar de residencia del doctor Flaubert.

Los siniestros pasillos de esta vieja residencia, el continuo espectáculo del dolor y la enfermedad, produjeron un efecto igualmente fatal sobre el espíritu y los nervios de los cuatro amigos, inclinándolos hacia el pesimismo.

Alfred sobre todo debió, *en parte* a este contacto prematuro con los peores despojos humanos, ese giro del espíritu filosófico y crítico que le hizo, *con menos de treinta y dos años*, esbozar *Une promenade de Béliar* y preparar a Flaubert para escribir la *Tentation de Saint-Antoine*. Digo, en parte, pues si no estamos informados sobre su estado físico durante su infancia, la cual fue alegre y entusiasta, sabemos que una decepción amorosa con una muchacha que sus parientes llevaban a la playa, en Fécamp o en Honfleur, hacia 1837, lo condujo a un desencantamiento que se acentuaba de año en año.

Hay una cosa importante que destacar, cuando se estudia con detalle la vida de Alfred Le Poittevin, que todas sus preocupaciones, todos sus deseos, todas sus angustias convergieron en él al igual que su inmenso orgullo, espléndido defecto que fue también el de Laure y el de su familia entera. Yo diría más – y hay ahí como una terrible fatalidad latente – : la vida oscura de Alfred Le Poittevin aparece como un *bosquejo fiel* de la vida gloriosa de Maupassant, *que se parecía físicamente, además, de un modo sobrecogedor a su tío*<sup>1</sup>.

En una página genial, René Deschames ha analizado perfectamente el estado anímico de Alfred cuando parecía encontrarse en plena forma: « ... Una desilusión muy general provocaba la confusión que invadía todo su ser. La experiencia había truncado su sueño; las esperanzas antaño felizmente edificadas para el futuro, se derrumbaban; el mundo le parecía muy diferente de los que esperaba. Sentía su existencia orientada contra sus deseos. De hecho, no le ofrecía nada de lo que pudiese, sinceramente, regocijarlo. Pero, en este espíritu plegado sobre sí mismo sin cesar, muy personal y henchido de orgullo, las menores contrariedades tomaban fácilmente aspecto de irremediables catástrofes; el exceso de sensibilidad magnificaba su importancia... Iba de escollo en escollo como un navío a la deriva, sacudido a merced de las impresiones más contradictorias, arrastrado en todos los sentidos por caprichos cambiantes, con la constante nostalgia de mil deseos irrealizados y el hastío anticipado de mil disfrutes posibles. Absorbido en la contemplación de su « yo », del que hacía el centro y la medida de su horizonte, no lograba distraerse por un violento esfuerzo, capaz de arrancarlo del espectáculo de su propio sufrimiento y de arrojar fuera su actividad latente. Pero no alimentaba a su cerebro y a su corazón más que con quimeras en cuya persecución consumía sin provecho sus más bellas cualidades; lo demás no obtenía de su parte más que un enorme desprecio. »

Desde 1838, comenzó a considerar el amor solamente en sus aspectos materiales más bajos. Estará sin descanso en guardia contra la mentira de la voluptuosidad. Manifestará verbalmente y por escrito un cinismo excesivo y acabará, en su obstinación, destruyendo su salud comprometida por unos excesos, unos desenfrenos y unas orgías de toda clase<sup>2</sup>.

Sea lo que sea, existirán siempre en él, hasta su lecho de muerte, dos hombres: uno al que nada turba, de sangre fría, que estará continuamente ocupado en observar la inquietud, la emoción, la alegría, todas las sensaciones del otro con malicia y con piedad. En el autor del *Horla* todo ese vuelve a encontrarse agravado hasta *la introspección externa*<sup>3</sup>, hasta la alucinación. Sabemos que Alfred Le Poittevin fue impresionable, nervioso en exceso bajo un aspecto de impasibilidad  *fingida* (siempre como Maupassant) pero desconocemos si tuvo o no alucinaciones. No es imposible. Sin embargo, nada nos permite tener, sobre este aspecto, ni una certeza, ni una indicación precisa.

Conocemos la formación intelectual de Laure de Maupassant, madre ejemplar que merece participar de la gloria del hijo que ha concebido, educado, al que ha formado y estimulado la inteligencia como su hermano Alfred había desarrollado y formado la suya, en ella.

Lo que nos debe ocupar aquí es estrictamente el estado físico y mental de esta ilustre mujer.

<sup>1</sup> Su madre no fue ni la última ni la única en percibirlo, - ¡con qué secreta angustia! El parecido se acentúa de año en año, hasta el punto que el 23 de febrero de 1873, Flaubert escribía a Laure de Maupassant: ... « A tu hijo, a pesar de la diferencia de nuestras edades, lo veo como un amigo. » Y luego « ¡él me recuerda tanto a mi pobre Alfred! Incluso a veces estoy asustado, sobre todo cuando baja la cabeza recitando poesías. » (Cf. En *l'Antologie des Auteurs Modernes*) (Méricant, ed.) el T.V., *Guy de Maupassant*, antología de fragmentos escogidos, precedido de un estudio bio-bibliográfico por Georges Normandy, p. 39. – y la *Correspondance de Gustave Flaubert* (Fasquelle ed. ), IVª serie, pag. 145-146

<sup>2</sup> Carta a Flaubert, 15 de septiembre de 1845

<sup>3</sup> 1889.

El 12 de diciembre de 1873, Gustave Flaubert, su fiel compañero de infancia, escribía a Laure: « ... Me afliges con ese debilitamiento de la sangre del que me hablas. ¿Es eso cierto? ¿No has hecho demasiado ejercicio? ¿Demasiadas caminatas? »

Cinco años más tarde, el 15 de julio de 1878, escribirá a Guy: « ... ¡ Demasiado remo, *demasiado ejercicio* ¡ ¡Si, señor ¡... » Y, enseguida, nos viene a la mente simultáneamente las grandes sesiones de remo que Flaubert y Le Poittevin hacían, a escondidas de sus padres, después de las clases, en el Sena, hacia Bonsecours y Oissel, - y los formidables excursiones de Maupassant hacia Bezons, Chatou, Sartrouville o Bougival.

Diversos documentos demuestran, por otra parte, que en 1877, la señora de Maupassant sufría muy intensamente una afección cuyas manifestaciones eran tan variopintas que derrotaban a la Medicina. Algunos médicos, amigos de la familia, llegaron a sugerir que *podía tener la solitaria*. Explicación de la que conoceremos su valor exacto más tarde.

En noviembre de 1878, Guy escribe a Flaubert: « ... Mi madre continúa mal y no se encuentra en condiciones de abandonar Étretat. »

[En esta época, en efecto, Flaubert comentaba a la señora de Genettes que la admirable e infeliz madre del escritor estaba condenada a vivir en la oscuridad, *la luz la hacía gritar de dolor*.]

Y el maestro de Croisset respondía a su discípulo: « ... Estoy afectado de eso que usted me dice de su pobre madre. ¿No sería lo más sencillo internarla en un hospital? Pouchet le informará al respecto. »

El 6 de febrero de 1879, el autor de *Salambô* escribía todavía a Guy: « ... Eso que me cuenta de me aflige y lo lamento mucho. » Le pregunta, el 27 del mismo mes: « ... ¿Cómo está su pobre madre? »

El año siguiente, escribirá a su sobrina Caroline: « ... Lo que es seguro, es que Guy sufre mucho. *Probablemente tiene la misma neurosis que su madre...* »

¿ Sabía tal vez algo concreto el buen Ermitaño de Croisset? ¿Estaba informado como nosotros vamos a estarlo, finalmente, después de tantos años de hipótesis vanas ? Es posible.

Esta es una carta inédita, - documento de una importancia capital – escrita por el Doctor Aubé (vivía en Rouen, calle de la Prison, 15) quién nos informa.

La señora de Maupassant padeció durante « toda su vida de la enfermedad llamada de Graves, el famoso medico de Dublin. »

La *enfermedad de Graves* es actualmente conocida hasta hace poco exclusivamente bajo el nombre de *enfermedad de Basedow*. ¿Por qué?... ¿Por qué el Nuevo Mundo de Cristóbal Colón, anteriormente descubierto por Leif<sup>1</sup>, se llama América?...

El mal de Basedow, hablando claro, es una afección muy extendida pero todavía mal definida: *vulgo*, el bocio exoftálmico.

Los síntomas de la enfermedad de Basedow han sido descritos así por Peter: « un *corazón grande*, un *gran cuello*, *grandes ojos* » - es decir la taquicardia, el síntoma más constante y más precoz que determina, a la larga, la *hipertrofia*, - el bocio, la irritación e inflamación de la glandula tiroides, y la *exoftalmia* que hace la mirada fulgurante, fija y el gesto trágico.

La taquicardia de caracteriza por unos accesos de palpitations acompañados de oleadas de calor. La aceleración de los latidos del corazón puede a la larga, según Debove, acompañarse de arritmia o de auténticos daños asistólicos con fenómenos de anginas. Las arterias participan en las manifestaciones cardíacas. Según Léon Bérard « están animadas de palpitations excesivas, *perceptibles incluso en la retina*, a menudo en el epigastrio. »

En el estado actual de la ciencia, todo lo que se puede decir del *bocio* que nos ocupa, es que parece estar en relación directa con las alteraciones o los desarreglos de la función tiroidea. Todavía la irregularidad de la secreción de la tiroides sería secundaria en ciertos casos y, si se cree a Paul Sainton y Louis Delherm, resultaría « de un trastorno primitivo de otra glándula que no es la tiroides. »

<sup>1</sup> Según la tradición de las sagas islandesas, el vikingo Leif Eriksson fue el primer europeo en llegar al continente americano. (N. del T.)

La exoftalmia que da al rostro un carácter tan dramático – magistralmente plasmado por Leonardo de Vinci<sup>1</sup> en uno de sus dibujos – es generalmente simétrica. Vossius y Völker escriben que puede ser también unilateral o predominante en un lado.

Llega cuando la excitación de los músculos faciales y la compresión del cuello ocasionan la proyección del ojo hacia delante, al punto que la oclusión de los párpados se vuelve cada vez más difícil. Los ojos quedan entonces entreabiertos constantemente, incluso durante el sueño lagrimean. Insuficientemente protegida, la conjuntiva puede inflamarse. Son posibles trastornos nutricionales.

¿ Es a causa de esta oclusión imperfecta de los párpados que la señora de Maupassant no podía ver la luz « sin gritar de dolor » ?

Se ha demostrado en el hinchazón de la glándula tiroides unos accesos sucesivos divididos por unas remisiones. Hay incluso – es uno de los raros hechos indiscutibles de la enfermedad que nos ocupa – unos bocios exoftálmicos que surgen espontáneamente.

Unas señales accesorias han sido descritas con más minuciosidad que certitud: *el temblor*; - *los trastornos nerviosos motores*: ataques epilépticos, baile de San Vito, parálisis de la cara y *de los ojos, irritabilidad de los enfermos*, « impacientes, trepidantes, incapaces de estar en un sitio », *humor caprichoso* y desigual *siendo la vida difícil con ellos* – pueden, siguiendo a Devay, desembocar en manías o en delirios crónicos sistemáticos; - *los trastornos sensitivos*: *jaquecas, neuralgias*, « zonas de anestesia y de hiperestesia, oleadas de calor, crisis gástricas o anginas que se deben a la *histeria*, a la debilidad, a la descoordinación motora, al baile de San Vito, etc., a menudo coexistentes » (Léon Berard); - los trastornos funcionales: *bulimia, asma* con ataques de tos, aumento de la toxicidad en la orina, urticaria, erupciones en la piel con o sin edema – lo que explica los trastornos en los intercambios; - los *trastornos* de las *funciones genitales*, finalmente, que son más intensos que las demás funciones.

En 1892, el Doctor Aubé que, trataba a una exoftálmica y contaba a otra entre sus amigas, estaba muy al corriente del « mal de Graves», lo trataba, empíricamente y con éxito, con las sangrías del pie y las duchas al máximo de presión. Una de sus enfermas, declaraba él, entraba en la ducha con ciento veinticinco pulsaciones; salía en diez minutos con ochenta y cinco pulsaciones como máximo. « En esta enfermedad, escribía, la sangre llega a los capilares pero no regresa al corazón, lo que provoca una alarma en este órgano. Es entonces justificable la sangría, las duchas, el bromuro de potasio y el agua de cerezo en altas dosis: he aquí la « cocina » en la que siempre me encuentro admirablemente<sup>2</sup> .»

Esto explica el empleo excesivo que la señora de Maupassant hizo de ciertos narcóticos. « Abusa del cloral como no es posible abusar », escribía Gustave de Maupassant el 17 de enero de 1892<sup>3</sup> Desde Nice, entonces ya, sexagenaria, se consumía de angustia y de miedo durante el internamiento de Guy, la pobre madre confesaba: « ... Estoy vieja y muy enferma y los narcóticos, que bebo a vasos llenos, acaban de desgastar mi pensamiento<sup>4</sup>»

Veremos que el tratamiento del Doctor Aubé tuvo una gran influencia sobre Guy de Maupassant cuando el comenzó a sentir los primeros efectos de su enfermedad.

Afirmamos que en la actualidad, si las teorías del mal de Basedow son tan numerosas como los tratamientos que se le aplican, una incertidumbre casi total reina sobre su eficacia.

La terapéutica actual tiende a atacar a la causa primordial de la enfermedad y a su mecanismo. Si esto es una idea excelente en cuanto a la razón, reconocemos que es irrealizable todas las veces que se desconocen las auténticas fuentes del mal. El estado de la cuestión ha sido claramente resumido por el profesor Gilbert Ballet: « No hay *un* tratamiento, sino *unos* tratamientos de la enfermedad de Basedow. Ni la organoterapia, ni la electricidad, ni los tratamientos farmacológicos, ni los quirúrgicos dan siempre y en todos los casos los mismos resultados, pero la organoterapia, la electricidad, ciertos medicamentos, ciertas intervenciones quirúrgicas producen unos resultados cuando se saben utilizar oportunamente. »

<sup>1</sup> El Profesor Brear lo ha reproducido en su libro: *Corps thyroïde, myxoedèmes*, etc. (Baillièrre, ed. 1908) p. 382

<sup>2</sup> Inédito.

<sup>3</sup> En una carta inédita.

<sup>4</sup> Carta inédita.

Los progresos realizados por la terapéutica del bocio exoftálmico, aún después de la época en la que vivía la señora de Maupassant, son poco importantes. Las certezas que se poseen a este respecto son prácticamente como las que había entonces. Trataremos de resumirlas. Quizás éstas proyecten alguna luz sobre el caso de la señora de Maupassant y sobre el destino de su ilustre hijo.

Todo basedowiano está motivado al exceso. Las modificaciones de su estado psíquico son muy rápidas al punto de que, en casos rarísimos donde se podría tratar de usar, una terapia metódica es imposible. Toda novedad en la medicación es acogida por el enfermo con entusiasmo – y el desencanto surge porque la curación no ha sido fulminante. Los tónicos (hierro, arsénico), los medicamentos cardíacos (digital – la digitalina debe estar reservada – estrofantus), la electricidad, los sedantes (opio, belladona, bromuro), la hidroterapia, la quinina en dosis masivas, la antiprina, el salicato de sodio, el tratamiento específico que instituido con éxito por Abraham y Penzold en el bocio exoftálmico de los sífilíticos, los humores de los animales, la radioterapia (aún vacilante) han procurado, sino unas curaciones numerosas, al menos largas remisiones del mal. Pero la mayoría de las enfermedades agotan la serie terapéutica en algunos meses durante los que, solo, es regular la sucesión de los entusiasmos y las desilusiones, una vez que se declaran incurables. Es el momento de aconsejar de nuevo el aislamiento ( que el médico no deja de prescribir desde el primer día y que ellos no dejan de rechazar enérgicamente) que su estado de depresión les hace con bastante frecuencia, entonces, admitir.

Ahora bien, la excelencia del aislamiento es una de las raras certidumbres medicas en la afección que nos ocupa. Todo choque moral, por muy insignificante que sea, es una prueba demasiado dura para la aguda sensibilidad de los basedowianos; toma completamente la importancia de un trauma psíquico. La contradicción, un rasguño de amor propio, una demasiada evidente atención a su respecto, son en ellos causa de una exagerada reacción. Una vida tranquila y regular, exenta de todo imprevisto, les es entonces indispensable.

Todas las causas de excitación, incluso leves, deben serles suprimidas: levantarse tarde, acostarse pronto, evitar todo agotamiento intelectual o físico, nada de teatro, nada de reuniones numerosas, ni visitas, ni obligaciones sociales, ni café, ni té, ni bebidas alcohólicas, ni tabaco incluso, una alimentación vigilada a fin de evitar cualquier intoxicación (ni alimentos picantes, ni carnes especiadas, ni marisco), nada de estancias al borde del mar donde los vientos violentos aumentan la irritabilidad del enfermo – en la mayoría de los casos, pues ciertos basedowianos soportan bien el mar e incluso el viaje por mar, - nada de curas de altitud que aceleran los latidos cardíacos, tal es, a grosso modo, el régimen.

Se ve hasta que punto Guy de Maupassant va a contra pie.

¿Es esto decir que el autor de *Bel-Ami* sufre del mal de Basedow? Otra cosa que he prometido no concluir, nada permite afirmarlo. Y si la transmisión del bocio exoftálmico de la madre al hijo no es una imposibilidad, Sinton y Delherm dicen textualmente: « Si la herencia similar es excepcional y si el *bocio exoftálmico familiar y hereditario es una rareza*, no debe perderse de vista que una tara nerviosa inicial se encuentra en la mayoría de los sujetos que están afectados, y que esta tara nerviosa es activada por la intoxicación del tiroides. »

En lo concerniente a la señora de Maupassant, si el Doctor Aubé escribe que ella estuvo « afectada *toda su vida* de la enfermedad llamada de Graves, el famoso médico de Dublin<sup>1</sup>», nada nos permite precisar en que época comienza a padecerla. Desconocemos si una enfermedad de Basedow hereditaria pesa sobre ella.

Se ha visto la enfermedad de Basedow aparecer bruscamente después de una pena violenta, de un pavor intenso, de una fatiga excesiva, pero las observaciones muestran que siempre se dan en sujetos predisuestos por alguna neurosis ya existente, histeria o epilepsia con más frecuencia. « En general, afirma el profesor Bérard, varios agentes intervienen: la fatiga, las penas, las intoxicaciones o infecciones atenuadas, los trastornos orgánicos o funcionales de las visceras, en el primer rango de los que hay que situar a las dolencias cardíacas y a las de los órganos genitales en la mujer. También la enfermedad se observa preferentemente en el sexo femenino de veinticinco a cuarenta años. » El

<sup>1</sup> Carta inédita.

primer dato escrito acerca de la enfermedad de la señora de Maupassant data, según lo que sé, de 1873. Laure tenía entonces cincuenta y dos años.

Veremos más adelante que estado nervioso fue el suyo durante la enfermedad de su hijo.

Sobre Gustave de Maupassant, padre de Guy, los documentos son rarísimos. Hijo de un gran agricultor bastante activo en política, como vimos, el padre de Guy era un hombre de mundo consumado y un perfecto caballero. Empleado como agente de bolsa<sup>1</sup>, muy seductor, pero de un carácter voluptuoso y débil al mismo tiempo, fue una especie de don Juan demasiado blando. Este temperamento<sup>2</sup>, estos instintos aristocráticos de hombre de espíritu, galante y derrochador, se encontraron integralmente, sino aumentados, en Guy, - en la imprudencia escrita o verbal cerca (« es ligero y poco circunspecto », escribía la señora de Maupassant de su marido<sup>3</sup>, en 1892.) Una carta inédita de Gustave de Maupassant, fechada el 16 de agosto del mismo año, nos informa sobre el estado psíquico de este anciano torturado, en Sainte-Maxime-sur-Mer, villa Simone, por el internamiento de su hijo como la pobre madre lo estaba en Nice, villa des Ravenelles... « Estoy aquí encerrado, por una inflamación reumática y del escroto de la que, probablemente, no curaré jamás, dados mis setenta y un años. » El 3 de enero de 1893, tuvo un ataque de parálisis. Escribía « con la mayor dificultad », el 26 de mayo siguiente, que no podía todavía « utilizar la mitad derecha del cuerpo<sup>4</sup> »

Todo esto no permite ninguna certeza. Apenas se puede indicar que Guy de Maupassant tenía una herencia bastante cargada y suponer que nació al menos con una tendencia al basedowismo, una hiperestenia o una hiperexcitabilidad naturales congénitas.

Es cierto que, de acuerdo con las tradiciones de los médicos de esta época donde la discreción y la conciencia profesional no eran casi excepcionales como en nuestros días, la familia de Maupassant ignora la enfermedad - muy mal conocida, por otra parte - de la señora de Maupassant. Todo el mundo (y el Doctor Aubé también, en apariencia, ya que es una carta de él que me ha permitido fijar únicamente hoy las ideas sobre esto) consideraba a la ténia como responsable de todo.

Nada es tan conmovedor, sobre este punto, como una carta de Gustave de Maupassant, viejo, solo, repeliendo con horror la carga de la herencia, se rebela, indignándose, balbuciendo casi de angustia y de cólera y queriendo proteger, con su alma aun fuerte en una envoltura arruinada, su linaje entero! Escuchémosle: « ... Se han publicado cosas falsas sobre mi familia. ¡ Se ha dicho que el pobre Guy no tenía su mal en el exceso de trabajo, sino en taras hereditarias ¡ Esto es absolutamente falso. No ha habido nunca un loco en mi familia ni en la de la señora de Maupassant. ¡ Se me ha dado por muerto loco hace bastantes años ¡ Es absolutamente estúpido. Se ha pretendido que mi joven hijo Hervé había igualmente muerto loco. Hace tres años que Hervé contrajo una insolación terrible en Juan-les-Pins trabajando desnudo bajo *un sol de plomo* y se murió algunos meses después... La señora de Maupassant que se la toma por loca, no lo está en absoluto. Ella tiene desde hace varios años una enfermedad nerviosa que ha contradicho después de la expulsión de una solitaria. Hace cinco años, ha tenido la solitaria una segunda vez después de treinta años de intervalo. Mi hijo Hervé ha tenido igualmente la enfermedad de la solitaria.<sup>5</sup>.. »

¿Debemos inferir que el mal de Graves se manifiesta por primera vez en la señora de Maupassant treinta y cinco años antes, es decir en 1857? La enfermedad habría entonces aparecido

<sup>1</sup> Stolz en Paris.

<sup>2</sup> Nadie todavía ha significado que Gustave de Maupassant tuvo un gran talento para pintar. Alumno de Léon Cogniet y de Hippolyte Bellangé (el retrato de Gustave de Maupassant que figura en el Museo de Rouen es de este último maestro) el padre de Guy expone varias veces en los *Artistes Français*. El señor Sylla Lefèvre, alcalde adjunto de Bernay, ha encontrado en un anuario del Eure para 1894, el título de algunas de las obras de Gustave de Maupassant: *Souvenir de la terrasse de l'Hôtel Barthélemy à Châtel-Guyon; Moulin à Pont-Aven; Meule de Blé dans la Lâmagne; Châtel-Guyon, route du Saint-Bernard et Antibes*. Todas estas obras son acuarelas. Este talento llega a creer, destacaba Sylla Lefèvre en una carta a mi dirigida fechada el 2 de septiembre de 1926, « que si, como usted lo expone tan bien, la madre y la familia de Guy han tenido una gran influencia sobre la formación del escritor, las relaciones artísticas del padre han podido igualmente contribuir a darle el gusto por lo bello.»

<sup>3</sup> En una carta inédita.

<sup>4</sup> Inédita.

<sup>5</sup> Carta inédita.

en la época habitual, indicada por el profesor Bérard, « de veinticinco a cuarenta años », puesto que en 1857 Lure de Maupassant tenía treinta y seis años.

¿Habría que creer que después de los accesos tan dolorosos como los de 1878, en Étretat, tuvo unas remisiones, incluso una regresión de la enfermedad que, bajo el terrible choque de la tentativa de suicidio de Guy y de su internamiento, fue anulada por una brusca nueva crisis de hipertrofia tiroidea? Una carta de Gustave de Maupassant, datada el 29 de marzo de 1892, dirigida a Jacob, abogado, amigo de la familia y quién administra los bienes de Guy tras su muerte, nos demostrará toda la gravedad. Leamos:

« ... la señora de Maupassant ha llegado a tal paroxismo de furor que a por la mínima cosa tiene unos ataques terribles que son imposibles de ocultar a la criatura<sup>1</sup> y que le hacen un enorme daño. Luego de ocho horas, la señora de Maupassant estaba sin noticias de Guy. Su cabeza se le iba y estaba inabordable. Trataba a mi nuera<sup>2</sup> como la última de las mujeres. Arrastraba por el lodo a la familia de ésta y, resumiendo, el sábado, en un ataque, ¡ echó a Marie-Thérèse de su habitación ordenándole regresar con su familia ¡... Mi nuera salió de la habitación para ir a hacer sus maletas. Cuando estuvieron hechas, ella descendió para decirle adiós. En ese intervalo, la señora de Maupassant había ingerido dos frascos de laudano. Estaba desvanecida. Se corrió a buscar al médico, que la hizo vomitar, y el exceso de veneno la salvó. Cuando vuelve en sí, su ira no conoce límites. ¡ Se levanta, zarandea a mi nuera y se marcha a la calle ¡ Se precipita tras ella. Fue vuelta a llevar a casa y acostada. Mi nuera se fue a ocupar entonces de la niña que tenía a su vuelta una crisis abominable. Ella la lleva a su habitación y la confía a unos amigos mientras regresaba junto a su suegra. La señora de Maupassant había aprovechado esos minutos para ¡ estrangularse con sus cabellos ! Fue necesario cortárselos para salvarla. Después ha tenido unos sofocos y unas convulsiones terribles...

» Esta carta es absolutamente confidencial, pues es necesario ante todo pensar en el futuro...

» Habría que poner una enfermera a la señora de Maupassant o hacerla internar en un hospital como ella pidió<sup>3</sup>.»

Yo tengo alguna desconfianza hacia todos los elementos proporcionados por Albert Lumbroso, pero creo en la autenticidad de esta carta. Una nota inédita del Doctor Balestre, médico de la señora de Maupassant, escrita menos de un mes después que la carta precedente (el 25 de abril de 1892), la corrobora y parece demostrar que la enfermedad de la señora de Maupassant evolucionaba normalmente.

... « Esta desgraciada dama, dice el Doctor Balestre, cree siempre que no se le dice la verdad sobre el estado de su hijo. Ella lee en las cartas de la señora de Hormoy (sic)<sup>4</sup> y de François<sup>5</sup> unas contradicciones, pero no podemos convencerla que que el estado de su hijo es cambiante y que, a menudo, las noticias son contradictorias porque son de días diferentes. Esta incertidumbre la sume en un estado de ansiedad que me hace temer por ella misma. Estos temores tienen además visos de estar justificados. »

Más adelante, el doctor Balestre precisa sus temores. En el caso de no encontrar un medio para apaciguar la ansiedad tumultuosa de la audaz septagenaria, afirma que, « a pesar del afecto y la devoción que la rodean, nos dirigimos hacia algún nuevo acontecimiento trágico. »

El medio preconizado por el doctor Balestre era de orden psíquico y parecía totalmente adecuado. La psicoterapia juega, en efecto, un papel capital en el tratamiento de los basedowianos. Esto es una certeza médica – cuando no existe mucho más y las intervenciones quirúrgicas ( ligadura de las arterias tiroideas, intervención sobre el simpático cervical sobre todo) están todavía en el periodo de experimentación y por tanto son peligrosas.

<sup>1</sup> Simone de Maupassant, hija de Hervé.

<sup>2</sup> Marie-Thérèse de Maupassant, la valiente y encantadora viuda de Hervé.

<sup>3</sup> Publicada por Lumbroso y reproducida por Louis Thomas.

<sup>4</sup> Señora de Harnois de Blangues, hermana de la señora de Maupassant.

<sup>5</sup> François Tassart, el fiel ayuda de cámara de Guy de Maupassant, que daba, como la señora de Harnois, noticias del célebre escritor a su madre.

La emotividad incesante de los exoftálmicos, sus palpitations cardiacas, sus angustias les hacen temer todo imprevisto, toda emoción capaz de ser el punto de partida de accidentes graves. Algunos, por miedo de ser paráliticos, tienen trastornos del aparato locomotriz. Ahora bien, basta la presencia en su proximidad, de un doctor en el que confíen o de sus palabras tranquilizadoras para disminuir, sino suprimir, muchas de esas reacciones nerviosas. Sin embargo la sugestión parece ser sin acción terapéutica curativa. Sainton y Delherm escriben: « ... Es posible que la histeria revista el tipo clínico de la enfermedad de Basedow; así se explican ciertos casos donde aparece subitamente, así se explica el hecho de Prengueber donde, después de una operación simulada, los síntomas desaparecen. Estos hechos son excepcionales. Es incontestable que el síndrome basedowiano, que es patrimonio del sexo femenino, *resiste a la mayoría de las sugestiones*, y los apóstoles más convencidos de la medicación sugestiva cuentan sus éxitos con los dedos de una mano. La persuasión juiciosamente empleada puede, al contrario, ejercer una influencia favorable<sup>1</sup> » Además, yo lo repito, que el aislamiento del enfermo es deseable. En ciertos casos, incluso, se le impone. Los trastornos psíquicos, en efecto, toman una forma inquietante, se vuelven auténticas psicosis: melancolía en forma depresiva, obsesión, manía, ideas de persecución llegando incluso a la tentativa de suicidio. En los manicomios, los exoftálmicos afectados de trastornos graves de las funciones intelectuales no son extraños.

La señora de Maupassant, tan serio que fue su caso, a pesar de los temores de su médico y a pesar de las terribles sacudidas que le produjeron la enfermedad y la muerte de sus dos hijos, no llega nunca a un estado desesperado. Ciertamente que en 1893, en dos cartas inéditas<sup>2</sup> ella se declara « casi ciega » y escribe: « Estoy además muy enferma y no tengo más tiempo para sufrir », ella moriría en Nice el 8 de diciembre de 1904, sobreviviendo a su marido cinco años, que murió en Sainte-Maxime-sur-Mer, el 24 de enero de 1899.

He aquí todo lo que es posible decir, sin entrar en el dominio de las hipótesis, de la ascendencia directa y de la herencia de Guy de Maupassant, - herencia que, según el doctor Pierre Janet, sería el punto de partida de las neurosis. ¿Qué influencia ejerce sobre el autor de *Mouche* el basedowismo, cuyas causas reales son aún desconocidas?

Si el estado físico del hombre ejerce una acción sobre las manifestaciones de su pensamiento, ¿es posible creer que esta acción sea preponderante? El problema del genio no será resuelto mañana. Podrá serlo un día, tal vez, no con ayuda de ideas preconcebidas o de observaciones poco numerosas hechas sobre internos de mentalidad restringida y modificada merced a su hospitalización, sino por el estudio completo de una inmensa serie de casos elegidos con cuidado a través de los tiempos y estudiados directamente, en plena vida, donde su enfermedad se está desarrollando, con el examen de su herencia y la observación tan meticulosas como sea posible de su evolución, desde el nacimiento a la tumba. El presente trabajo no tiene otro interés que ser una contribución al estudio de uno de estos casos elegidos.

Quisiera que el lector se despojara de las nociones vulgares de la Salud y de la Enfermedad para documentarse fríamente y razonar enseguida en la indispensable serenidad, más elevada que las susceptibilidades, los fanatismos y las convenciones que no existen en el ámbito de la ciencia pura. Además ¿qué es la salud y qué es la enfermedad?

Louis Estève ha escrito con razón: « Estándose produciendo una función psicológica determinada, observada en un gran número de individuos, algunos presentaron una actividad excesiva, otros una depresión notable de esta función; en ciertos casos, habra hipertrofia, en otro atrofia, con todos los grados intermedios. Si tomamos la media de todos estos estados, obtendremos una norma hipotética que constituirá el estado de salud; pero esta media no la encontraremos en su pureza integral en ninguno de nuestros sujetos; es un equilibrio inestable que no se sabrá realizar; algunos, pueden pasar por este estado pero no dura, lo que equivale a decir que no existe. Esta norma concebida como estado de salud es entonces una excepción y, en definitiva, no habría más que enfermos.»

<sup>1</sup> *Les Traitements du goitre exophtalmique* (J.B. Bailliers, ed. 1908) pag. 76-77

<sup>2</sup> Una no fechada, la otra es del 8 de febrero de 1893

Es esta también la opinión del doctor Hartenbert. « ... Sin que haya necesariamente que hablar de taras, el más equilibrado, el más sano, porta en sí unas tendencias, unas inclinaciones, unos defectos que lo descartan más o menos de ese tipo ideal que *sería el hombre perfecto y que en la realidad no se encuentra.* »

El doctor G. Dumas afirma que « en toda la biología, la distinción del sano y del mórbido está en general mal establecida » y en la *Vie de Jesús*, Renan concluye en el mismo sentido. « Que la Medicina, dice, tenga unos nombres para expresar esos grandes estados de la naturaleza humana; *que sostenga que el genio es una enfermedad cerebral; que vea en una cierta delicadeza un comienzo de un mal; que clasifique el entusiasmo y el amor entre los accidentes nerviosos, poco importa. Las palabras sano y enfermo son relativas.* »

En la *Education de la Volonté*, Payot va más lejos: « ... Se cree que los estados patológicos son unos estados aparte, mientras que no son más que una exageración de la realidad. »

Aubin, adelantándole, profesa que « para curar las afecciones crónicas se debe buscar el empleo de remedios apropiados para dar una nueva actividad a la enfermedad que se quiere combatir. »

De este modo la salud podría salir de la exasperación mórbida.

Todas estas luces proyectadas sobre uno de los más formidable enigmas humanos son suficientes para aniquilar toda veleidad didáctica. Es necesario dominar nuestra emoción, controlar nuestros estremecimientos en el pensamiento de que se trata de una inteligencia creativa, potente y más clara que cualquier otra, y no considerar aquí la enfermedad de Guy de Maupassant como un caso clínico ordinario.

## CAPITULO III

### ANGUSTIA Y VÉRTIGO

François Tassart, el fiel ayuda de cámara de Guy de Maupassant, sabe observar y retener. Sabe también callarse cuando su memoria no está segura – o si su conciencia se lo dicta. Esto es lo que hacen sus *Souvenirs* tan interesantes. Un día, refiere, su señor le dice, comprobando que su sombrero estaba viejo:

« - ... Tendré que encargarme uno, pues, excepto con mis sombreros adaptables, siempre me veo obligado a hacerlos a medida. Tengo la cabeza tan redonda que no encuentro nada hecho. Esta cabeza absolutamente redonda que tenemos, tanto mi hermano como yo, viene, me ha dicho mi madre, de que el viejo médico que nos recibió en nuestra llegada a este mundo, nos apretó contra sus rodillas, amasándonos muy fuerte la cabeza y acabando con el gesto del alfarero que redondea su cerámica con un toque de pulgar final. Luego dijo a mi madre:

« - Mire usted, Señora, le he hecho una cabeza redonda como una manzana que, esté segura, dará más tarde un cerebro muy activo, y seguramente una inteligencia de primer orden.

« Hizo lo mismo a mi pobre hermano, pero, bien que los seis años que nos separan hubiesen hecho debilitar las manos del doctor, o bien que fue menos diligente, no llegaba a darle la forma que quería. Ella acariciaba siempre esta pequeña cabeza, y él se contrariaba tanto que dejaba escapar un juramento normando... Me pregunto a veces si es el masaje de este viejo doctor sobre mi joven cabeza lo que me permite tener hoy<sup>1</sup> un trabajo por encima de la media.<sup>2</sup> »

Tengo el recuerdo de que algunas mujeres de la región de Caux<sup>3</sup> sometían a los recién nacidos a estas prácticas durante mi infancia.

El interés del hecho señalado es considerable. Guy, pronunciando estas palabras, buscaba ilusionarse el mismo – pues, vamos a ver que era entonces víctima de graves trastornos, - o incluso entraba ya en la inconsciencia.

Ocho meses después (13 de noviembre de 1889) sufre la muerte de su hermano luego de haber asistido a su internamiento, escena breve pero de un horror trágico inolvidable, y cuatro años más tarde, mientras él cree estar en plena forma, muere en la residencia del doctor Blanche.

La juventud de Maupassant fue extremadamente activa. Sus explosiones en Étretat, donde participaba en la vida de los pescadores, donde, en compañía de su madre, para escapar a la muerte un día que fueron sorprendidos por la marea alta, escala el acantilado casi a pico, etc, están en todas las memorias. A los veinte años, durante la guerra, « luego de haber caminado y corrido toda la noche para cumplir ordenes », hace *un día quince leguas* a pie, « acostado sobre la piedra en una cueva glacial », no es hecho prisionero y se salva gracias a sus buenas « piernas ». Empleado del ministerio, vivirá en las afueras, - se levantará antes que el día para remar en el Sena, - estará en París hacia las diez de la mañana, - se encerrará en un despacho donde, el trabajo oficial hecho, escribirá versos, cuentos y comedias para aprender su « oficio », - estará de nuevo remando por la

<sup>1</sup> 1889.

<sup>2</sup> *Souvenirs sur Guy de Maupassant* (Plon 1911) pag. 163-164

<sup>3</sup> Es cierto que otras prácticas o supersticiones habían tenido lugar, incluso en ciudad, durante mi infancia. Por ejemplo citaré « el Mal de Saint-Main » que consistía en lo siguiente: la madre del niño tocada de impétigo debía dejar en las puertas el dinero necesario para hacer decir un cierto número de misas por el pequeño enfermo. ¡La curación seguía! Esta práctica muy arraigada en Caux, provenía de Bretaña. El Saint-Main de Caux no podía ser muy diferente del Saint-Méen bretón, sanador de los « rongneux »

noche, - cuando tiene que esperar demasiado ante una esclusa, sacará su yola del agua y la transportará sobre su espalda al otro lado – al punto que tendrá « la espalda un poco encorvada », finalmente, parte de Asnières o de Chatou, irá a despertar a sus amigos del río, cerca de Bougival, - todo eso no lo impedirá librarse, en París y fuera de París, de esas innumerables explosiones amorosas que contaba muy libremente al buen Flaubert produciéndole una alegría. Ahora bien, el más vigoroso remero de Cambridge desconoce la cautividad de la oficina, se acuesta temprano, y si Casanova prodiga también su vigor, no comienza a escribir hasta la edad en la que se vio obligado a vivir en una tranquilidad definitiva.

Esto se sabe. Menos se sabe que si Guy de Maupassant era dado a disfrutar de la compañía de mujeres con una reiteración excepcional, es que tenía una retención, quizás voluntaria, quizás espasmódica, quizás voluntaria y espasmódica juntas y cuando menos anormal, de la eyaculación.

Aunque Léon Daudet declara: « Siempre pensé que su debacle cerebral había comenzado antes de lo que se había creído » y anota « el aspecto tenso de maniaco » que adoptaba mientras hablaba con la damas<sup>1</sup>, ninguna indicación patológica relativa a Maupassant (salvo quizás la carta del 30 de octubre de 1874, que escribe a su madre para enumerarle todos los títulos de J.B. de Maupassant, consejero, secretario del Rey, y de los grandes personajes que habían asistido a la boda de su hijo Louis-Camille de Maupassant con la señorita de Avignon, cuñada del Marqués de Aligre) no nos es dada a conocer antes del año 1877. Cuando sus informes en el Ministerio de la Marina indican que su « salud está bastante mal ».

Al año siguiente, « el señor de Maupassant, funcionario de 3ª clase en la administración Central, tendría necesidad de hacer uso de las aguas de Louèche ». El Ministro le concede entonces « un permiso del doble de tiempo pasado en las aguas. » (art. 74, § 10 del reglamento del 14 de enero de 1869), es decir un permiso de dos meses. Se marcha a Suiza, pero, una vez acabado el tratamiento, el vuelve a la cautividad del despacho, a su vida de remero, de trabajo literario y de satisfacciones carnales. No debe sentir todavía demasiada lasitud pues, el 25 de octubre de 1878, el autor de *Madame Bovary* le escribe: « ¡ Siempre las mujeres, cerdito ¡ »

Ahora bien, en 1880, también le reprocha más de lo mismo. « ... Usted se lamenta de las mujeres que son monótonas. Hay un remedio muy simple: es el de no utilizarlas. ¡ Demasiadas putas !, ¡ Demasiado remo ¡ ¡ Demasiado ejercicio ¡ »

El 6 de marzo del mismo año, los trastornos de las pupilas hacen su aparición: « ... Tu ojo me preocupa, gruñe Flaubert, y quisiera tener el corazón tranquilo, saber el fondo, la causa. »

En la misma época, pero sin fecha, el autor de *Bouvard et Pécuchet* se inquieta aún « ... Me han llegado tantas bobadas sobre tu enfermedad, que me gustaría, por mi, por mi única satisfacción, hacerte examinar por mi médico Fortín. » Por una carta del mismo autor, escrita a su sobrina, sabemos que esta visita tuvo lugar: « Fortín, a instancias mías, ha examinado a mi discípulo<sup>2</sup> más de una hora. *Ignoro su opinión.* »

El 16 de abril del mismo año, el buen gigante vuelve todavía sobre esta cuestión: « ... ¿ Tu ojo te hace sufrir ? Tendré, en ocho horas, la visita de Pouchet que me dará detalles sobre tu enfermedad de la que no comprendo gran cosa. »

Ese año, la señora de Maupassant, pasa el verano en Bastelica, en las Montañas de Córcega, donde el doctor J. B. Folacci le proporciona sus cuidados.

Algún tiempo después de la llegada de su madre, Guy viene a la isla, deteniéndose un poco ante el encanto de Ajaccio donde conoce a Léon Gistucci, sobrino del doctor Folacci. Los dos jóvenes simpatizaron y se abandonaron juntos a los placeres del baño en el mar.

Algunos días después de haber visto nadar al escritor en sus costas, « con un tono particular de alegría y fuerza », Léon Gistucci, haciéndole una visita, en el Hotel de France, algunos días más tarde, lo encuentra encamado. « ... Lo encontraba de este modo, cuenta Gistucci, viendo a mi bello compañero de natación acostado cuan largo era sobre su cama, la cara pálida, congestionada en zonas, la cabeza cubierta con un trapo y los ojos cerrados... Abrió los ojos, me tendió la mano. Como yo me excusase, haciendo ademán de retirarme, él me detuvo con un gesto:

<sup>1</sup> Fantômes et vivants, recuerdos (1914)

<sup>2</sup> Guy de Maupassant

» - No es nada, murmura, Es la jaqueca.

» Y, con una sonrisa que me pareció dolorosa, me invita a sentarme, a esperarle hasta que la crisis remita.

» La crisis no cedía.

» Era la jaqueca, en efecto, que lo atenazaba, « el horrible mal » del que más tarde diría (en su libro *Sur l'Eau*) que « muele la cabeza », « extravía las ideas », y « dispersa la memoria como una polvareda al viento. »

« Inquieto ahora, me senté ante la mesa donde reposaban grandes hojas de papel garabateadas hacía poco – un artículo (*La Patrie de Colomba*) que él acababa de escribir para *le Gaulois* y que debía salir por barco esa misma noche. Tomé un número de ese periódico que estaba sobre una silla, pero no pude leer. Mi mirada iba sin cesar, entristecida, de la mesa donde reposaban las hojas manuscritas conteniendo el pensamiento vivo del autor, a la cama, a la banal cama de hotel donde él parecía agonizar. »<sup>1</sup>

Menos de tres años más tarde, sus sufrimientos o sus inquietudes fueron lo bastante grandes para consultarlas con un oculista.

El primer examen tuvo lugar el 19 de marzo de 1883. El ojo izquierdo de Maupassant era entonces normal con un leve astigmatismo y agudeza visual normal. El ojo derecho resultó estar muy debil, miope con un ligero astigmatismo. Las pupilas eran iguales. No había nada anormal en el fondo de los ojos. Pero un mes más tarde la pupila izquierda estaba irregularmente dilatada y el 22 de mayo siguiente, tomaba la forma de un triángulo cuyo vértice estaba dirigido hacia el suelo.

En esta época, el ojo izquierdo enrojece bajo la influencia del trabajo y la acomodación se paraliza de vez en cuando para volver a estar normal tras un paseo.

El gran escritor destaca entonces que, bajo la influencia de su digestión, que es generalmente muy mala, su dicción tropieza en ocasiones. Le ordenan ponerse unas lentes convexas<sup>2</sup>

En este momento, Guy de Maupassant había alcanzado ya, con una rapidez milagrosa, la celebridad. Después *Boule-de-Suif*, *Des Vers*, *la Maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi*, habían subido a las nubes. *Une Vie* aparecía en folletín en el *Gil Blas* con un gran éxito. Era a la vez la gloria y la fortuna. Todo el mundo y todos los mundos leían las obras del joven maestro. Todo el mundo lo quería a través de sus libros. Se le cree feliz y fuerte. « Pero, escribe oportunamente Pol Neveux,, eso que todos ignoran, que este muchacho de rostro tostado, de largo cuello, de músculos prominentes, de los que susurran al oído las heroicas explosiones de amor, esta enfermo y muy enfermo. En el momento incluso en el que el éxito ha llegado a él, ha encontrado también la Enfermedad. Sufre terribles jaquecas seguidas de largos insomnios. Unos fenómenos de naturaleza nerviosa lo agitan. Los mitiga con estupefacientes y abusa de los anestésicos. Espaciados, al principio, unos trastornos de la vista se declaran. »

En 1884, en efecto, a principios de año, el enfermo está bastante satisfecho con sus lentes convexas desiguales, que le permiten trabajar sin demasiadas molestias. Pero la acomodación del ojo izquierdo se vuelve a paralizar y esta parálisis aumenta durante el trabajo. La pupila de este ojo está medianamente dilatada e inmóvil. La visión de los dos ojos es siempre normal. La convergencia y los movimientos oculares son normales. Va incluso hacia el fondo de los ojos.

Al final del mismo año, este estado de cosas se modifica sustancialmente. La acomodación del ojo izquierdo se paraliza casi completamente y la del ojo derecho se muestra similar. Encima de los dos globos oculares, tiene dolor al tocar. Los párpados hinchan fácilmente; la conjuntiva se congestiona en el momento de la digestión, del trabajo, de la estancia en una habitación donde hay mucha gente, etc. Esta conjuntivitis se vuelve crónica, resiste a todos los colirios, incluso los más anodinos. Apenas el enfermo soporta el Borato hidratado de sodio a 1:200 y el ácido bórico a 1:100.

En 1885 parece producirse un lento agravamiento. En apariencia tiene miopía de una dioptría a la izquierda, de media dipotría a la derecha y la visión está normal. Las dos pupilas están

<sup>1</sup> *Le Pessimisme de Maupassant* (Lyon. Publicaciones de la oficina social, ed.) 1909

<sup>2</sup> Esta es la receta, inédita como todos los documentos de los que me serví en este orden de ideas:

Izquierdo: Lente convexa 3 con cyl. corrigiendo el astigmatismo.

Derecho: Lente conveza 0.5 con cyl. corrigiendo el astigmatismo.

inmóviles: la izquierda muy dilatada. La acomodación está paralizada a la izquierda y debilitada a la derecha. El ojo derecho se fatiga cuando Guy trabaja más de un minuto. Según el enfermo, su digestión es tan penosa que provoca los fenómenos nerviosos, las palpitaciones, la congestión de la cabeza y la fatiga de los ojos. Durante un acceso de jaqueca la cara externa del antebrazo se vuelve insensible. Incluso se traslada a la espalda y los hombros. Después de almorzar, el escritor siente dolores en los riñones.

En el transcurso del año siguiente (1886) el mal progresa siempre lentamente, traicionadamente. Mínima miopía con leve astigmatismo en la izquierda; en la derecha miope y astigmatismo simple. La visión es normal en ambos lados. El examen oftalmoscópico no revela ningún síntoma patológico. Las pupilas son desiguales y la izquierda muestra una muesca inferior que le da la forma de un triángulo invertido (del que los dos ángulos de la base estarían reemplazados por dos cuartos de círculo). La pilocarpina, probada en dosis de 2:100, en sondas muy moderadas en el ojo izquierdo, provoca inmediatamente palpitaciones y retención de orina.

Por tanto, al día siguiente, Maupassant veía muy bien y durante algún tiempo puede servirse de sus ojos, sin sufrir, durante tres días consecutivos. Entonces es la humedad que el novelista hace responsable de sus trastornos nerviosos: palpitaciones, dolores intestinales, etc. etc.

El autor de *Une Vie* tiene por que estar inquieto. El Miedo, señalado por Pol Neveux, puede martirizarlo a veces. La gloria, el orgullo, la sensualidad le arrastran, a pesar de todo, al igual que el frenesí de vivir siempre vivo en 1885, mientras el esnobismo no había aún caído sobre él para alejarle de sus amigos los remeros. Un leve rasgo más preciso de sus angustias mal dominadas permaneció durante mucho tiempo sobre el muro del Restaurante del Pont de Chatou, frecuentado por artistas y pintores que se las ingeniaban para decorar los muros de frescos y de dibujos originales. El conde Lepic había firmado una cabeza de perro grifón bajo la que Guy de Maupassant escribió estos versos:

<b>SOUS UNE GUEULE DE CHIEN</b>	<b>BAJO UNA BOCA DE PERRO</b>
Sauve-toi de lui, s'il aboie ; Ami, prends garde au chien que mord.]	Escápate de él, si te ladra; Amigo, cuidate del perro que muerde. ]
Ami, prends garde a l'eau qui noie ; Sois prudent, reste sur le bord.	Amigo, cuidate del agua que ahoga; Sé prudente, quedándote en la orilla.
Prends garde au vin d'ouí sort l'ivresse,] On souffre trop le lendemain.	Cuídate del vino de donde sale el borracho,] Se sufre demasiado al día siguiente.
Prends surtout garde a la caresse Des filles qu'on trouve en chemin.	Cuídate sobre todo de la caricia De las muchachas que se encuentran en el camino.]
Pourtant, ici, tou ce que j'aime Et que je fais avec ardeur,	Sin embargo, aquí, todo esto que amo] Y que hago con ardor,
Le croirais-tu, c'est cela même, Dont je veux garder ta candeur.	Creerás que es lo mismo de lo que quiero cuidar tu candor.

Este ardor apasionado, le transporta a los ambientes mundanos de los que era presa señalada por el éxito y por el orgullo.

En *Sur l'Eau*, estigmatizó el clamor delirante de un ser desfigurado por ese mal, esta caza organizada por las bellas damas para conquistar y burlarse de las celebridades: « ... No hay muchas

mujeres de este mundo y de este ambiente, que no deseen tener su artista o sus artistas; y ofrecen cenas para ellos, a fin de dar a conocer en la ciudad y en la provincia las inteligencias que frecuentan su casa. Posar para el espíritu de los que no tienen pero que hacen gran ruido, o por las relaciones principescas... ¿dónde está la diferencia?» Desde 1885, estaba ciertos personajes de salón y algunos detractores.

El fue uno de los miembros de la cena de los «Macabeos», ideada por la condesa P..., esa especie de Borgia, en las venas de quién las sangres de tres razas antagónicas, al menos, se mezclaban. El nombre de «Macabeos» significaba que cada uno de los invitados se consideraba muerto... de amor naturalmente. Las comidas se celebraban un día fijo y cada uno de los habituales de estos extraños ágapes había recibido de la cruel anfitriona un portaminas de oro, adornado de pedrería, grabado el nombre del titular y llevando en su extremo, tallado, el botón de las P...<sup>1</sup> Las fantasías y las palabras escabrosas de esta temible dama eran tema de todas las conversaciones mundanas. Se encontrarán unas reseñas sobre este ambiente pintorescos en *Aymeris*, autobiografía, apenas sin tapujos, del señor Jacques-Emile Blanche quién, joven entonces, fue un notable « macabeo ».

Las guasas, las bromas de mal gusto que pudieron ser hechas a Guy de Maupassant, en este hotel P... y en ciertos salones judíos, fueron tan numerosas como crueles para este hombre de una exacerbada sensibilidad por una predisposición hereditaria y un agotamiento general.

Fue en uno de estos salones en lo que encuentra a Marie K... (nacida W...) judía rusa o polaca, la más bella mujer del momento, quién lo fatiga más que cualquier otra. ¿ Es necesario indicar que el marido de esta admirable criatura acabó loco y fue encerrado, antes que él, en la residencia de salud de Passy ?...

¡Ah! Se hizo pagar caro al infeliz gran hombre su fama de forzado y sus excepcionales manifestaciones de virilidad. Todos y todas, o casi, lo destrozaban con una implacable ferocidad. « Hermosa secuencia, anota Léon Daudet, para un pintor como Hogarth, teniendo el sentido de la progresión hacia lo peor, que esta vida a etapas cada vez más negras, yendo del salón a la choza.<sup>2</sup> »

Cuando no estaba conversando con bellas mujeres, Guy de Maupassant buscaba la compañía de los médicos. En efecto, como decía, sacrificaba al « documento humano » que triunfaba entonces en literatura – y su obra entera muestra patéticamente que él se considera a si mismo como uno de esos « documentos » - pero ¿habría tenido esta asiduidad con los científicos si la inquietud no lo hubiese devorado ya? Esta claro que esta inquietud era bien grande para preguntar al « simple estudiante de primer curso » que era entonces Léon Daudet, cuando el joven aprendía medicina y que lo frecuentaba en casa de Charcot. «... Cierta noche él me preguntó, cuenta el autor de *Morticoles*, sobre hidroterapia, que le fortalecía el corazón y le parecía destinada a sustituir cualquier otro remedio. Había oído hablar de un chorro helado sobre la nuca, al que no resistía ninguna neuralgia ocular. Yo debí responder perentoriamente, con una perfecta incompetencia, pero con el orgullo de ser interrogado por el pobre Guy<sup>3</sup> .» En esta época él consideraba los médicos como unos taumaturgos. Esperaba, y es tal vez por ello, por lo que no se le cogió a tiempo.

Su confianza en la hidroterapia se fundamentaba en dos causas ignoradas hasta hoy. A saber:

1º En 1887, se afirmaba en Maupassant la midriasis (dilatación anormal y persistente) de la pupila izquierda, la inmovilidad de las dos pupilas, dificultades en la digestión, la congestión de la cabeza, el reumatismo. El enfermo no soportaba la pilocarpina. Se encontraba mejor después de haber sudado. La hidroterapia le fue recomendada y ese tratamiento funcionó.

El doctor Aubé, de Rouen, gracias a quién nosotros conocimos exactamente la enfermedad de la señora de Maupassant, poseía en Étretat un pabellón situado a cien metros de *La Guillette*. Veía a Guy frecuentemente y este último, naturalmente, interrogaba al médico como los demás, pero con más vehemencia que los otros, sobre su estado de salud. El doctor Aubé, muy informado sobre la ascendencia de su vecino y consecuentemente sobre sus predisposiciones, le respondía de buen grado.

<sup>1</sup> De muy complicada traducción, pero por el contexto puede tratarse del clítoris (botón) de las putas (P). (N. del T.)

<sup>2</sup> *Fantômes et vivants*

<sup>3</sup> Id.

¿A pesar de la extrema rareza del bocio familiar y hereditario (opinión de Sainton y Delherm) le consideraba como un basedowiano declarado? Es posible, pero ningún documento permite afirmarlo. « ... Estoy muy al corriente, escribe únicamente, de esta enfermedad (el bocio exoftálmico) y yo le explicaba, para su gran estupefacción, todo lo que debía probar y probaría enseguida. Concebía incluso contra aquellos que no le habían hecho este diagnóstico, una cierta animosidad de la que hay algunas pruebas en una de sus novelas<sup>1</sup>. » Y nosotros sabemos que el doctor Aubé le aconsejaba, entre otras cosas, la hidroterapia, - en la que Maupassant creyó hasta el fin, cuando dudaba de todo.

¡ Qué admirable es la Ciencia – y que miserable también, pues no nos permite todas las certezas y no hace todos los milagros ¡... Tomemos por ejemplo los trastornos oculares.

En la fase de la vida de Maupassant en la que nos encontramos, constatamos la midriasis de la pupila izquierda. Que los trastornos oculares puedan ser debidos a la vez al bocio exoftálmico, o a la sífilis en los periodos secundarios o de transición (las iritis son muy raras en la sífilis hereditaria), o a la presencia de lombrices en el tubo digestivo, etc., sea, - pero que la fisiología del iris sea todavía casi desconocida y objeto de controversia, peor: que la midriasis histérica estudiada especialmente por los unos sea radicalmente negada por los otros, ¡que fuente, entre millares de otras fuentes, de escepticismo para los seguidores de Moliere, y de angustia, incluso de desesperación, para los enfermos a la búsqueda de una creencia ¡... Sobre la enervación del iris nosotros vemos a Morat y Doyon, en nuestros días, donde la cuestión ha progresado después de Maupassant, afirmar que todos los movimientos pupilares están bajo la dependencia del gran simpático mientras que muchos otros admiten que el motor ocular común contribuye con el simpático a la enervación del iris. Otros como Ch. Lafon y Teulières razonan como si esos dos nervios ejerciesen por separado su acción sobre el iris y, según la tesis de F.J.R. Périé, de la Facultad de Bordeaux, ellos se habrían equivocado al no tener en cuenta el ganglio oftálmico « que constituye un verdadero repetidor donde vienen a desembocar los extremos de los dos nervios, de tal modo que entre las fibras aferentes y las fibras eferentes del ganglio, no hay una solución de continuidad sino más bien una *verdadera articulación neuronal* ». Los mejores especialistas no están ni muy convencidos, ni de acuerdo, no más sobre la midriasis espasmódica que sobre la midriasis paralítica y, en lo que concierne a la midriasis histérica, si uno de aquellos que no la niega radicalmente (Pruvost) reconocía que la histeria puede ser causa de midriasis, añade: « La naturaleza histérica de un sujeto no es suficiente, por si sola, para producir la dilatación pupilar, ella no hace más que *excitar* al gran simpático *cuya irritación es provocada por una lesión cualquiera*. » Sin embargo, algunos de sus colegas responden que en la histeria ¡no existe lesión ni en la vía sexual ni en la vía motriz! Etc...

Cuando, a pesar de su actitud tranquila, reflexiva, impenetrable en su arte y en su vida, *en apariencia*, Maupassant que dejaba ya suponer en les *Soeurs Rondoli* (1884) y en los versos dísticos citados anteriormente, en Chatou, una ansiedad relativa a la sífilis – cuando, digo yo, Maupassant, hastiado de la mayoría de los médicos, se decide por los excitantes y comprobando que el mal progresa en él, se abandona a la lectura de libros de medicina, tiene que sentirse más derrotado, más desconcertado, más deprimido, más deseoso de huir, de olvidar, de evadirse, que nunca.

Comenzarán a germinar en él los pensamientos que tratará de plasmar posteriormente en *Sur l'Eau*, ese auténtico testamento de un hombre que ve el abismo abrirse ante él: « Todo el progreso de nuestro esfuerzo cerebral consiste en constatar los hechos materiales por medio de instrumentos ridículamente imperfectos que suplen, sin embargo, un poco la incapacidad de nuestros órganos. Cada veinte años, un pobre investigador, que muerto de esfuerzo, descubre que el aire contiene un gas desconocido, que se libera una fuerza imponderable, inexpresable e incalificable frotando ámbar sobre un paño, que entre las innumerables estrellas ignoradas, encuentra una que no había sido todavía descubierta en la vecindad de otra, vista y bautizada tras algún tiempo. ¿Qué importa? – ¿Nuestras enfermedades se deben a los microbios? Muy bien. Pero ¿de dónde vienen esos microbios? ¿Y las enfermedades de esos mismos invisibles? ¿Y los soles de donde vienen? – No sabemos nada, no vemos nada, no podemos nada, no adivinamos nada, no imaginamos nada,

<sup>1</sup> Probable alusión a *Mont-Oriol* (Albin Michel, ed.) especialmente pag. 14.

*estamos encerrados, prisioneros en nosotros mismos. ¡Y pensar que hay personas que se maravillan del genio humano! »*

En los libros de medicina, algunas cosas le impresionan, guardando de ellas un recuerdo tenaz: los adelantos del régimen con cloro, por ejemplo, para los enfermos predispuestos a los edemas. Lee también que en algunos enfermos, la eliminación de los fosfatos puede ser diez veces superior a la normal y que, en ese caso, la sobrealimentación es necesaria, sobrealimentación razonada, bajo un régimen variado excluyendo los alimentos nitrogenados en provecho de las grasas, hidratos de carbono y alimentos ricos en fósforo. En este sentido, los huevos están indicados. No lo olvidará. Algunas fases inexplicables de su delirio durante su internamiento podrán explicarse de este modo por los observadores escrupulosos y atentos, superando la comprensión de los indiferentes y de los vistantes. Pero no nos adelantemos.

Estamos en 1888. Guy de Maupassant trabaja en su novela *Fort comme la Mort* que la *Revue Illustrée de Baschei* comenzará a publicar en su número del 15 de febrero de 1889, con bellas ilustraciones de Albert Aublet. No se han producido grandes cambios en el estado de sus ojos. La refracción y la agudeza visual no han variado. La acomodación normal en el derecho es menos perezosa que el izquierdo, pero el enfermo es ahora incapaz de servirse de lentes. Prefiere leer con los dos ojos abiertos, no viendo claramente de cerca, con el ojo izquierdo. Y explica esta falta de visión así:

- ¡ Es porque el ojo izquierdo da luz al derecho ¡<sup>1</sup>

En el ojo izquierdo, midriasis, siempre, leve irregularidad de la pupila, inmovilidad absoluta. En el ojo derecho, miosis, inmovilidad bajo la luz.

En el oftalmoscopio, siempre nada anormal. Pero en *Fort comme la Mort*, obra que, como las demás, contiene tantos pensamientos y sensaciones de Maupassant, (autor que, más que cualquier otro, escribía sus libros con su carne, con su alma, con su corazón desgarrados), ese grito de terror tanto tiempo reprimido, expulsado finalmente: « ... Me pregunto si no estoy enfermo, tanto que tengo asco de eso que hacía antes con tanto placer... No tengo nada más en el espíritu, nada en la vista, nada en la mano... Este esfuerzo inútil hacia el trabajo es exasperante. ¿Qué es esto? ¿Cansancio en la vista o en el cerebro, impotencia de la facultad artística o curvatura del nervio óptico?»

En 1889, año en el cual, según el doctor Sollier, Maupassant entraba en parálisis general, ninguna variación del estado ocular se produce. Surgen los extraños fenómenos de introspección externa. La introspección externa es una clase de alucinación por la cual se ve uno a si mismo, como si hubiese dos personas idénticas. Goethe y Musset presentaron ese fenómeno.

Tal es el caso descrito en *Lui!*, que quizás sea una trasposición, una adaptación a las necesidades del relato, - donde el heroe de Maupassant entrando en su casa, después de una jornada de inquietud y soledad, encuentra abierta la puerta del apartamento, luego, penetrando en su habitación, ve un hombre sentado en su propio sillón de espaldas, al tocarle con la mano advierte que está vivo, - el hecho de la introspección externa ha sido descrita como sigue por el doctor Sollier: Guy, estando en su escritorio, oyó la puerta abrirse. Ahora bien, su asistente doméstico tenía la orden de no entrar nunca mientras él escribía « Maupassant, continúa el doctor, se volvió no fue poca su sorpresa al ver entrar a su propia persona que se sentó frente a él y, con la cabeza apoyada en la mano, le dictó lo que estaba escribiendo. Cuando finalizó, se levantó y la alucinación desapareció. » ¿Consecuencia del abuso de los perfumes, de la cocaína, de la morfina, ingeridas para combatir el agotamiento mental ? ¿Y esa impresión de tener perforaciones en el cerebro por las que huía el pensamiento, obsesión que no lo abandonará en su delirio? ¿Exceso de éter tomado en principio como remedio a sus neuralgias? ¿Primera gran manifestación de la parálisis general?...

¿Qué relación puede haber entre la introspección externa y la parálisis general?

La discusión es posible; la conclusión definitiva no lo es.

No tendremos más que una certeza a medias, cuando en enero de 1890 Henry Céard sabía lo que va a contar años más tarde en el *Evenement*: ... « Es en la época en la que los dolores, que él

<sup>1</sup> Textual. Inédito.

toma por gripe, comienzan... Únicamente la ilusión le esta permitido a él. Un especialista que lo ha encontrado en Cannes, en el ferrocarril, y uno de sus amigos, ha declarado, en el mes de enero, que el mal del que sufre el escritor es una enfermedad que avanza muy claramente y, que en dos años, esta inteligencia genial no será más que un número sin consciencia en una residencia de salud. »

Por una carta del doctor Landolt, uno de los numerosos médicos que atendieron a Maupassant antes de su internamiento, sabemos que, ocho años antes, este distinguido especialista que lo examinaba por sus trastornos visuales, había previsto, sin decírselo claro está, que su mal, en apariencia insignificante, (la dilatación de una pupila) conduciría « a causa de los trastornos funcionales que llevaba aparejados, al lamentable fin<sup>1</sup>» y fatal desenlace del gran escritor.

En 1890, Guy se sometió aún, por penúltima vez, al examen de un oculista que afirma lo siguiente: « ... A la izquierda, un simple cilindro será suficiente para corregir la refracción del ojo y llevar la vista a su estado normal. El ojo derecho tiene una visión y agudeza visual normal. La miopía de los años precedentes no era más que aparente. Es evidente que el novelista « no ha sido más afectado por su acomodación que por sus movimientos pupilares. A pesar de la insuficiencia de la primera, hacía un esfuerzo de acomodación inútil y perjudicial cuando miraba a gran distancia. » « La amplitud de la acomodación es muy reducida a la izquierda y del todo normal a la derecha.<sup>2</sup>»

En ese momento, el autor de *Mont-Oriol* se quejaba a menudo de una sensación de mucho frío y suposición tras suposición, se creía afectado por una enfermedad de la próstata.

En el mes de noviembre, va a Rhône para visitar la tumba de mármol negro donde descansa su hermano, con ocasión del primer aniversario de su muerte. El recuerdo de Hervé, a quién quería mucho y que lo había subvencionado cuando éste había emprendido un negocio de floricultura en Riviera, no le dejará jamás pese a la vorágine de tantas otras ideas.

Durante el internamiento de su hermano, Guy de Maupassant se había impresionado profundamente por una escena que su deber fraternal lo convirtió en actor.

Hervé de Maupassant, era, como su hermano mayor, presa de agitación y proclive a las manifestaciones de esfuerzo muscular. Si él no remaba, en Fécamp, desde la adolescencia, no tenía más placer que el de luchar, en el almacén de un mercader de madera, con las « ratas de la calle » que se ganaban la vida descargando los barcos de gran capacidad de ginebra y de calvados. Húsar, desafiaba en torneos a los caballeros más imponentes y demostraba ser buen espadachín. Preferirá la profesión de horticultor a la carrera diplomática en la que su madre quería verle tomar. Excepto algunas locuras de juventud que inquietaron durante un tiempo a sus padres, su hermano e incluso a Flaubert<sup>3</sup>, nosotros poco más sabemos de él, salvo lo que sigue:

Entonces, marido y padre, vivía aparentemente feliz, tuvo un mareo (La señora y el señor de Maupassant dicen una insolación, y François Tassart precisa que había trabajado imprudentemente con la cabeza al sol en pleno verano) a consecuencia de lo que queda postrado al sol. Al cabo de algún tiempo de esto, tuvo un acceso nocturno de fiebre que no dura pero necesita una consulta médica tras la cual la señora de Maupassant lo convence de que vaya a París «... a tomar consejo » de su hermano mayor. Puesto que los facultativos prescribían reposo y un cambio de clima, Guy estaba mejor situado que nadie para encontrarle una residencia en la que el podría restablecerse rápidamente.

En realidad los médicos declaraban que ¡ era necesario encerrar al infeliz Hervé ¡

Guy, resignado y prevenido, fue a buscar al inquieto viajero a la estación. Lo invitó a almorzar. Hervé estaba alegre. Por la tarde se dirige, en compañía de su hermano mayor, a visitar la propiedad de un supuesto amigo « para ver si la región y la vivienda de gustaban.»

Es entonces cuando tuvo lugar la trágica escena que Maurice de Waleffe ha contado con una sobriedad muy emotiva:

« ... - Aproxímate a la ventana. Mira que bello horizonte tendrás, le dijo.

<sup>1</sup> Según la carta publicada por A. Lumbroso

<sup>2</sup> Según un documento anónimo.

<sup>3</sup> « ... Lamento tener detalles sobre las locuras de su hermano – y lo lamento por su pobre mamá, y por usted también, esas molestias que este muchacho le causa. » (Extracto de una carta inédita de Flaubert – de la colección Armand Godoy – fechada el 28 de agosto de 1878.)

« Hervé se aproxima sin desconfianza, mientras que el médico hace un gesto a Guy para que retroceda sin hacer ruido hacia la salida. Cuando el enfermo, volviéndose, quiere seguirle, surgen dos fornidos enfermeros. Pero no pudieron impedirle que alcanzara la puerta con el brazo y gritar:

« - ¡Ah ¡ Guy... ¡Miserable! ¡ Me encierras ¡... Eres tu quién está loco, ¿entiendes? ¡Tú eres el loco de la familia! »

En el estado de ansiedad en el que hemos visto a Guy, no es necesario hacer un gran esfuerzo para imaginar en que abismo de impresiones atroces tuvieron que precipitarle esos alaridos. Una sacudida de esa naturaleza era lo poco que le faltaba para acelerar en él la evolución del mal.

Nada, ciertamente – y nosotros no sabemos todo; nadie sabrá jamás todo, pues Maupassant se confiaba poco, incluso a sus próximos – nada, ciertamente le fue favorable a este escritor genial. Todos los criminales, desgraciadamente, no están en prisión.

Puede decirse que no fue inmundamente feroz esta venganza de lun literato, cuyo apellido no nos ha sido dado, señalado por Octave Mirbeau en *Dîner de la Banlieue*, el 15 de junio de 1889, en presencia de Edmond de Goncourt que la reprodujo de este modo en su *Journal*. Mirbeau, al regresar de Menton, « habla curiosamente del miedo a la muerte que acosa a Maupassant y que es la causa de esta vida de perpetuo movimiento sobre tierra y mar, para escapar a esta idea fija. » « ... En uno de los descensos de Maupassant a tierra, en la Spezzia, sabe que hay un caso de escarlatina, abandona el almuerzo encargado en el hotel y vuelve a subir a su barco. Él (Mirbeau) cuenta todavía que un hombre de letras, herido por unas palabras escritas por Maupassant, y debiendo cenar con él, había, durante los días precedentes a esta cena, estudiando áridos libros de Medicina, y durante la cena le había hablado de todos los casos de muerte provocadas por las enfermedades de los ojos: lo que había hecho derrumbarse literalmente a Maupassant en su silla<sup>1</sup>. »

Esta vileza es una de las más inocentes entre todas las que Maupassant, enfermo, ansioso, desesperado, tuvo que padecer por parte de los mundanos y de ciertos « personajillos » de letras. Yo ya he descrito algunas en mi libro *Vie anecdotique de Guy de Maupassant*<sup>2</sup>. Mencionaré dentro de un momento otra, terrible, producida algunas semanas antes del internamiento del ilustre escritor.

A pesar de todo, se defendió tanto que lo logró soportar con un coraje admirable. En 1890, publica tres volúmenes – lo que sería una proeza para la mayoría de los autores, pero aquellas explosiones intelectuales no sorprendían al mismo tiempo que asombraba a todo el mundo por su vigor físico.

Parecía desafiar todas las leyes ordinarias de la existencia humana. Lanzado al trabajo en cuerpo y espíritu, produjo regularmente de cuatro a cinco volúmenes por año (o su cantidad). Si reseñamos que en el año 1885, por ejemplo, escribió quinientas páginas de imprenta, una comparación se impone con Dumas, Balzac y Dickens, los tres autores a los que se cita siempre por su capacidad de producción y que no han superado nunca ese máximo formidable. Él no cesa de escribir hasta 1891, después de lo que, refugiado en Cannes, no lejos de su madre, de su padre y de su cuñada, fue tentado – y en ocasiones un poco esperado.

Por última vez, fue a un oculista. La agudeza visual y el aspecto del fondo de sus ojos eran siempre normales. No había trazas ni de congestión, ni de atrofia de los nervios ópticos. Pero la pupila izquierda estaba dilatada y la derecha retraída, la acomodación estaba paralizada a la izquierda y normal a la derecha. Las dos pupilas reaccionaban bien bajo la influencia de la convergencia, pero no reaccionaban bajo la influencia de la luz. El ojo izquierdo no participaba del trabajo ocular. Si el enfermo ponía una lente en ese ojo, permitiéndole ver distintamente de cerca, el otro ojo se fatigaba enseguida: los síntomas de la astenopia de 1886 y de 1887 para el ojo izquierdo son acusados ahora en el ojo derecho.<sup>3</sup>

Guy sufría entonces de accesos de migraña muy frecuentes. El estado general de su salud estaba profundamente alterado, sobre todo en lo que concernía a la digestión y el sueño. A pesar de sus desesperados esfuerzos no podía casi trabajar.

<sup>1</sup> *Journal des Goncourt* (Fasquelle, ed.) Tomo VIII, pag 59-60.

<sup>2</sup> (Rasmussen ed.)

<sup>3</sup> Según un documento inédito.

Sobrevienen deficiencias en el habla. La escritura del enfermo no tiene la regularidad habitual: es temblorosa, indecisa, mal formada. El doctor Maurice Pillet ha hecho unas interesantes reflexiones sobre estas variaciones de la escritura.<sup>4</sup>

Tan golpeado por tanta sintomatología, el autor de *Sur l'Eau* todavía se defiende. Lee siempre numerosos tratados – lo que le es inútil – consulta a los médicos más que nunca y, tras algunas interpretaciones u observaciones de sus recetas, acaba por desplazarse a merced de sus prescripciones.

Va a los Cévennes, a Arles, a Luchon donde la cura no resulta. Finalmente en junio de 1891, está en Divonne-les-Bains donde tiene un lamentable acceso de optimismo.

Hace excursiones. Duerme mejor. Su adelgazamiento parece detenerse. Dos veces por día va, andando, a tomar su ducha. ¡ Esta ducha ¡ El infeliz recordaba que le había sido recetada en 1887 y que le había hecho un gran bien. Se acordaba también de los consejos del doctor Aubé, en Etretat, recomendando « las duchas al máximo de presión ». Partiendo de esto, habría querido que se le administrase « la ducha de Charcot » que solamente podían soportar los hombres de una fuerza excepcional - ¡ como él, naturalmente ! ¡ Desgracia!... Llevado de Divonne a Champel por el doctor Cazalis (alias Jean Lahor, noble corazón y buen poeta) debía volver a habar de esta famosa ducha a Auguste Dorchain que había ido a « tomar las aguas heladas del Arve y el aire vivificante de las alturas » por una fatiga nerviosa adquirida en la febril vida literaria de París.

Cazalis había murmurado a Dorchain:

- Le he traído aquí para hacerle creer que, al igual que usted, no tiene más que una neurastenia y para que usted le diga que el tratamiento le ha fortificado y aliviado mucho. Por desgracia su mal no es el de usted, no tardará en comprobarlo.

Guy de Maupassant y Auguste Dorchain se habían conocido en 1881, como consecuencia de el envío que el segundo hizo al primero de su antología, muy notable: *La jeunesse pensive*.

El autor de *Des Vers* llevaba a su llegada a Champel una cartera abarrotada de papeles. La abrió ante Dorchain y su esposa y les manifestó:

- Aquí están las cincuenta primeras páginas de mi novela: *l'Angelus*. Después de un año, no he podido escribir otra cosa. ¡ Si en tres meses, el libro no está acabado, me mato!

Las conversaciones, así entabladas, debían durar tres días casi sin interrupción.

Auguste Dorchain ha dado algunos detalles de estas inolvidables jornadas en un artículo que fue impreso por *Les Annales* el 3 de junio de 1900, pero ha querido precisar para mí sus recuerdos sin las atenuaciones necesarias por la calidad del público de la revista entonces dirigida por Adolphe Brisson.

« ... Lo que fueron para mí, me escribe, tres jornadas terribles, pues la fatiga nerviosa que yo iba a curar allí y que agravaba cada día un nuevo insomnio, me resultaba cruel tanto física como espiritualmente la incesante volubilidad de Maupassant que no nos dejaba durante todo el día. ¡ Perdón! nos dejó una vez durante algunas horas para ir a Ginebra y, a su vuelta, confidencialmente me susurro al oído:

« - ¡ Una jovencita ¡... He estado brillante. ¡ Estoy curado¡

« ¡ Pobre! No había ninguna duda de su estado de alineación mental. Esta no era precisamente « la locura de los genios » pero sí el de la hipérbole en todas las materias.

« Por ejemplo, se jactaba de haber recibido en Ginebra (durante esas horas de ausencia que habrían sido auténticamente bien

« Mostrando su ordinario paraguas, nos decía:

« - Este tipo extraordinario de paraguas no se vende más que una cierta tienda de Faubourg Saint-Honoré (nos daba la dirección) donde he hecho comprar más de cincuenta *por los allegados a la princesa Matilde*.

« Y, al día siguiente, mostrando su bastón:

« - Con este bastón, me defendí, un día, contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás.

<sup>4</sup> *Le Mal de Maupassant*, IV (Esculape, septiembre, 1913)

« En la mesa del restaurante, interpelaba a los camareros con una voz atronante, encargaba las cosas más extravagantes e invariablemente con énfasis.

« Si para venir a Champel, decía, había dejado Divonne, era debido a que había sido sorprendido por un desbordamiento del lago que había invadido su villa hasta la altura del primer piso, y también porque el doctor que dirigía la hidroterapia de esa estación se había negado a administrarle la *ducha de Charcot*, la que « derribaría un buey » y que no pueden soportar más que los hombres más vigorosos, entre los que él se encontraba.

« Y se la solicita, en efecto, a nuestro médico de Champel, que comprende enseguida el estado psíquico del enfermo y proporciona a Maupassant, mediante su negativa, un pretexto para abandonar ese país donde no era mejor comprendido que en otros lugares.

« No se trata de detener, como usted piensa, a ese extraño enfermo<sup>1</sup>.

« Confieso que, para mi mismo, su partida fue un alivio, un descanso, pues no podía, insisto, soportar físicamente lo que moralmente me resultaba de un tan doloroso interés: esa locuacidad continua y demente.

En una ocasión, era un viejo artículo suyo sobre un viaje en globo que nos recitaba palabra por palabra<sup>2</sup>. Otra vez era, en su habitación en la que nos había conducido para enseñarnos la serie de frascos en medio de los que « él se regocijaba de las sinfonías de perfumes<sup>3</sup>», de los desarrollos líricos sobre las delicias del éter: « Se siente el cuerpo aligerarse, disolverse, no se es más que espíritu: se sube...<sup>4</sup>»

« Era difícil de soportar. Y en medio de todo esto, una noche, el milagroso regreso durante dos horas al estado normal, al perfecto equilibrio de la plena consciencia, mientras que nos leía el comienzo de *l'Angelus*.

Tras la lectura de las cincuenta primeras páginas de *l'Angelus* – las únicas que escribiría – Maupassant nos cuenta con detalle y una emoción extraordinaria, la continuación y el final de su novela. En las últimas palabras, sus ojos están llenos de lágrimas y, nosotros también lloramos, sintiendo todo lo que le quedaba todavía de genio, de ternura y de piedad en esa alma, que nunca más acabaría de expresarse para derramarse sobre los espíritus. »

De regreso a París a mediados de septiembre de 1891, Guy de Maupassant creyó tener una mejoría en su estado durante un mes. Siguió sin disciplina las prescripciones de los médicos y el 17 de octubre, a las once de la noche, un gran malestar le sobreviene de nuevo. Una consulta médica tiene lugar el 21, a instancias de la cual se le ordena partir para Cannes sin demora. Se instala en el *Chalet de l'Isère*, ante el Mediterráneo

*Donde desciende el Esteérel a lo largo de pliegues de terciopelo.*

Trata de retomar el *Ángelus*. Se obstina en vano. Más que nunca, experimenta la sensación que él expresa así en 1885: « Mi cerebro se vaciará poco a poco del pensamiento », y en 1889, en una carta a su madre « ... Mi pensamiento huye como el agua de una cisterna. » Esta es una de las ideas que conservará durante su delirio, después de ser afectado por tantas otras.

A finales de noviembre comienza a sentir intolerables dolores por todas partes, se queja bastante a menudo de que su asistente doméstico François sala demasiado las comidas, se abandona

<sup>1</sup> En su veneración por su señor, François Tassart me escribe de esta partida lo que sigue: « Dejamos precipitadamente el establecimiento de Champel porque los doctores fueron menos que corteses con respecto al señor de Maupassant. » Acabamos de ver que esa falta de cortesía estaba calculada.

<sup>2</sup> Ese bello artículo, *Sensations d'aéronaute*, ha sido reproducido por los *Annales* del 9 de junio de 1907.

<sup>3</sup> Es el 19 de octubre siguiente que se resignará a renunciar, como consecuencia de una alarmante consulta a los médicos, a « todos esos olores » que le « hacen tanto daño ». (Souvenirs sur Guy de Maupassant por François Plon, ed.) p. 286.

<sup>4</sup> Del mismo modo que recitaba *Sensations d'Aéronaute*, tal vez Maupassant repetía, más o menos, un pasaje de *Sur l'Eau* relativo al éter, - o más bien – confundiendo el éter con el cloroformo, la escena del suicidio de *Yvette*: ... Le parecía que su pecho se iba ensanchando, que su alma se aligeraba, sacudiendo el peso de sus penas; tanto se aligeraba, que parecía dispuesta para remontarse y volar... Parecía que no tenía huesos ni carne; que no tenía brazos ni piernas. Se fué despojando suavemente de todo, sin que lo notara. El cloroformo había consumido su cuerpo... etc. (*Yvette*, cap. IV.) Maupassant ha descrito casi idénticamente esta sensación con el éter, en un breve cuento: *Rêves*. ¿Reminiscencia? ¿Consciente o inconscientemente? ¿Automatismo?

más que nunca a la hidroterapia: baños a domicilio y duchas en el establecimiento, come normalmente pero duerme muy mal y frecuenta asiduamente a su amigo el doctor Georges Daremberg, instalado en Cannes durante la estación, que le observa sin alarmarle (preguntas incontestadas, salidas por la tangente, etc.) y le aconseja prudentemente.

Es aquí cuando se produce el acto vil, auténticamente espantoso de los mundanos y de algunas personajillos de letras que he prometido antes contar.

Después de algún tiempo, el estado mental y físico del escritor de moda, hacía chismorrear a los esnobs de París, los celosos y las bellas damas. Se comentaban los pasajes de sus últimas obras donde parece que el escritor traza con su sangre el relato de sus angustias y sus sufrimientos – y estos comentarios llegan más tarde a sus oídos. Puede creerse que no fueron absolutamente indiferentes al deseo de soledad manifestada por Guy. Desde 1890, éste último decía a Hugues Le Roux:

- Temo tan poco a la muerte que sería capaz de suicidarme por bromear. Pienso en el suicidio con reconocimiento. Es una puerta abierta para la huida el día en el que, auténticamente se esté demasiado hastiado.

Algunos meses más tarde le preguntaba al doctor Frémy:

- ¿ No cree que me encamino hacia la locura ?... Si fuese así, debería advertírmelo. Entre la locura y la muerte, no hay que vacilar: mi elección está tomada.

Anteriormente, había tenido una previsión que permite imaginar a que escena trágica ha dado lugar. Había « hecho jurar a una mujer que le diera un veneno en el caso en el que el estado de su salud lo obligase a pasar sus días en una residencia de salud<sup>1</sup>. »

En noviembre de 1891, acompañando a Henry Roujon por el camino, le decía tristemente:

- No me queda mucho tiempo. Quisiera no sufrir...

Nadie ha podido seguir bastante de cerca el drama interior de esta existencia llena de reveses y de misterios, pero un psicólogo de genio podría tratar de reconstruir el itinerario que ella siguió, en la desesperación, a partir del momento en el que Guy de Maupassant comprendió que la hora de la jubilación sentimental había llegado para él: *Fort comme la mort* sería, a este respecto, una guía.

Es ese mes de diciembre de 1891, el célebre novelista renuncia a todo.

Dice, de su época, a Tancrède Martel:

- Es la edad bendita de los cabrones y de los rastas<sup>2</sup>

En el viejo politécnico, a Armand Silvestre que le habla de los milagros realizados por la Ciencia, le responde:

- Sí... Ella inventa nuevas maneras de sufrir... Del resto será siempre así: todo es inútil, todo... incluso la Mujer.

A lo que pregunta el buen poeta de *Ailes d'or*:

- ¿ Incluso la Belleza?

- Sobre todo la Belleza, dijo él amargamente. Es un instrumento de suplicio para nosotros en manos de la Mujer<sup>3</sup>.

Ya no hace más caso a los médicos. Sabe bastante<sup>4</sup>, si no lo sabe ya todo... pero los colegas y el mundo están al acecho de todas las indiscreciones.

No quiere sufrir: pide auxilio más que nunca al éter, sin preocuparse de las consecuencias del abuso de la droga. Su cuerpo, su cerebro sobre todo tienen, como las máquinas rotas, detenciones y fallos. ¡Ah! ¡Si no tuviese familia, ni un viejo padre, ni, sobre todo, una vieja madre!...

Su trastorno se manifiesta, a sus espaldas, públicamente en ocasiones.

Se cita a las seis con un proveedor. Éste último le ve, con sorpresa, llegar a las dos. Al confesarle esta sorpresa, Maupassant responde con calma:

<sup>1</sup> Según un documento inédito.

<sup>2</sup> Se dice de un movimiento místico, político y cultural propio de los negros de Jamaica y de las Antillas anglófonas. (N. del T.)

<sup>3</sup> Cf. *Le Figaro*, 5 de septiembre de 1925

<sup>4</sup> « En una entrevista que mantuve con él en julio de 1905, A. Lumbroso me dijo que dos médicos, uno francés ya fallecido y el otro suizo todavía vivo, que habían atendido a Maupassant, le comentaron que éste, en los principios de una tratamiento, les había manifestado que había tenido la sífilis. » (Louis Thomas)

- Es extraño... Mi reloj marca las siete y creía llegar tarde.

La Riviera, París: esto se sabe. Algunas anécdotas de este tipo, y el bulevar que cotillea con frenesí, aportaran muchas habladurías al público y es cuando se produce el espantoso acto de cobardía. No tarda mucho en acaecer, por desgracia... Una bonita mañana, Maupassant despliega un periódico. ¡Lee que está loco!

... « Sale, nos cuenta Louis Ganderax y, en la calle, no sé en que escaparate, ve pegado este boletín: *Agravamiento del estado del Señor de Maupassant. Su próximo internamiento en una residencia de salud.*

« Toma el tren y va a tranquilizar a su madre.

« Regresa a casa. Poco después pone sus papeles en orden y determina sus últimas voluntades. Escribe a un amigo: « *Adiós, no me volverá a ver.* »

Esto es textual.

El 5 de diciembre, en efecto, escribía a su abogado y amigo Jacob, quién fue, después de su muerte, el administrador de sus bienes : «... Estoy tan enfermo que temo estar muerto en algunos días »

« ... Durante quince días, prosigue Louis Ganderax, duda: piensa en el dolor de su madre a la que adora. Y, durante quince días, su casa está asediada de gente de todo tipo, periodistas o no, que vienen a buscar información. Durante quince días, recibe los periódico,s ( *incluso en la envoltura en la que vienen*): en primera página, en las ultimas noticias, se discute si está loco. Alguien dice:

«- ¿Qué importa? puesto que no es así.

« El responde simplemente:

«- NO ES ASÍ, PERO SERÁ<sup>1</sup>. »

Ahora bien, no quería que ESO ocurriese.

Llega la Navidad, y nos encontramos con la misteriosa noche del 24 al 25 de diciembre. Si damos crédito al inquietante Lumbroso ( y creo que, sobre este punto, no podemos) he aquí lo esencial de lo que ha querido decir la señora de Maupassant.

Guy le había prometido ir a cenar con ella en la villa del Ravenelles.

No obstante, « de repente, relata la pobre mujer, llega un despacho ¡Cambio de planes!: *Obligado a cenar en las Islas Sainte-Marguerite con las señoras X..., pero regresaré a fin de año para pasar el día de año nuevo contigo.*» ¿Qué es lo que ha pasado? Yo me lo pregunto todavía. Lo que sí es cierto, es que después de esta maldita cena de Nochebuena, al día siguiente, en el primer tren, estas mujeres de la mejor sociedad, dos hermanas, la una casada y la otra viuda, regresan a París sin decir el motivo. Intenté visitarlas pero no dieron nunca señales de vida... Ni incluso una simple nota tras la catástrofe...Ni la muerte parece haberlas desarmado. »

El señor Louis Thomas imprime con su tajante y glacial precisión, bastante americana:

« *Esta mujer* era la heroína de *Notre Coeur*, (con su hermana.) la Señora K... de origen judío, que, con un cierto sentido práctico y un perfecto olvido de las conveniencias, ignora a partir de ahora al loco: los recuerdos no existen para las personas insensibles.»

Lumbroso añade: « Mientras el alma genial agonizaba, la mujer escapaba como un niño aterrorizado que, habiendo ahogado de tanto besar a su pájaro favorito, se oculta para no verlo expirar. » Louis Thoma añade y rectifica: « La frase que sigue y que insinúa una retirada del mundo por parte de la amante judía es un error. »

¡Nosotros podríamos tomar esto por dos precisiones finalmente! Error. En la prodigiosa existencia de Maupassant, esto es un nuevo misterio.

François, tan prodigo en detalles interesantes siempre que estima poder hablar, guarda por el contrario, en sus *Souvenirs*, un silencio absoluto. Del 16 de diciembre pasa al 25 sin otra transición que un espacio en blanco. Interrogado directamente por mí para intentar hacerlo salir de su loable reserva, de la cual yo aprecio mucho el buen carácter, el fiel servidor me ha respondido, con menos espontaneidad de lo habitual, el 25 de octubre de 1925: « ... La leyenda de este paseo hecho durante

<sup>1</sup> Louis Ganderax, *Pour Maupassant* (11 de enero de 1892).

la noche por mar con dos damas, es absolutamente falsa... como casi todas las leyendas que circulan. » Admitiré pues, para complacerle, que él nada ha sabido, nada ha visto o no lo recuerda.

Pero, y es por lo que dudo de la versión dada por Lumbroso, la señora de Maupassant, en una carta inédita con fecha 13 de febrero de 1892, cuyo original está ante mis ojos, escribía:

« ... Voy a tocar un punto tan delicado que no sé verdaderamente como tomarlo. El fin de la estancia en Cannes de mi pobre Guy ha debido generarle unas sacudidas y unas emociones tan violentas, que han precipitado la catástrofe del 1 de enero. No puedo extenderme más pues apenas he podido yo misma levantar un ápice de velo para aclarar todo esto. Pero el rumor de la gente es grande y las alusiones de los periódicos incesantes. No acuso a nadie, por otra parte: no sé... Pero trato de defender a mi pobre muchacho. Es mi deber y es mi derecho. Es por lo que vuelvo sobre este aspecto del que mi hermana, la señora de Harnois, había ya tratado...»

Fiel a mi prudente programa de simple divulgador, no concluiré sobre este aspecto más que sobre los otros.

El día de Navidad parece haber estado tranquilo. Al día siguiente Guy quiere hacer un paseo por el camino de Grasse.

No estuvo caminando mucho tiempo. Volviendo, llama a pleno pulmón a su asistente doméstico para decirle que había encontrado en el camino del cementerio una sombra, un fantasma y, manifiestamente, tenía miedo.

Luego de algún tiempo, las crisis de este tipo se volvían frecuentes. Continuaba abusando del éter para no sufrir, para olvidar, para acabar tal vez. Una mañana, había salido, totalmente desnudo, en el jardín de su villa, reclamando a gritos el éter – que sus más próximos habían ocultado.

Bien aconsejados, François y los marineros del *Bel-Ami*, quitaron las balas del revolver de su señor.

El 27 tose un poco almorzando. Le dice a François ( palabras que volveremos a encontrar, como otras, en su delirio) que seguramente el filete de lenguado que acababa de comer « había pasado a sus pulmones y que podía morir. » El buen servidor le aconseja beber té muy caliente. « El resultado fue bueno, una hora después descendía por el camino que conducía al puerto y hacía un alegre paseo en su *Bel-Ami*.» Esta excursión por mar debía ser la última.

Regresa contento pero cansado. Sus marineros se habían percatado de que Maupassant había tenido dificultades para embarcar en el yate y al desembarcar. Sus piernas le obedecían mal. Las levantaba con frecuencia demasiado alto y posaba el pie muy aprisa. Ese día, había escrito de nuevo a su abogado Jacob, para enviarle su testamento. Le decía: « ... Voy de mal en peor, no puedo comer nada, la cabeza me da vueltas... Me estoy muriendo. Creo que estaré muerto en dos días. » Terminaba su carta así: Esto es un adiós que le envío.

Que drama espantoso se desarrollaba entonces en el alma de este hombre de genio que había casi llegado a odiar sus dones, a maldecir *la rara y temible facultad* y « a soñar con un regreso a la animalidad donde se encontrase sin sufrir.<sup>1</sup>»

El 28, en compañía de François como de costumbre, va a almorzar a Nice en casa de su madre. La jornada discurre sin incidentes, pero el escritor mantuvo un mutismo insólito.

El 29, a las cinco de la tarde, acababa de entrar en su baño cuando recibe la visita de su amigo el doctor Daremberg. La conversación fue muy alegre. Ambos hombres reían a menudo a carcajadas. Maupassant, como siempre, forzaba, una vez más, el pudor de sus angustias y el respeto de sí mismo hasta el disimulo. No engaña más que parcialmente este alegre compañero a este amigo perspicaz y sincero. Mientras François, al marchar, acompañaba al doctor hasta la puerta del jardín hete aquí, dice el buen servidor, «que él me dice:

- « Su señor es de una complexión muy fuerte, pero padece una enfermedad que afecta al cerebro. ¡Eh ¡ bien, acaba de hacerme el relato de su viaje a Túnez con una facilidad increíble, citando datos, nombres de personas, sin dudar, sin una sola vacilación. Todo esto le viene espontáneamente, apenas. Me ha hablado como alguien que no tiene nada que temer desde hace tiempo. Así pues, ¡paciencia y valor, mi buen François!»

<sup>1</sup> Gabriel Clouzet.

Una aurora boreal magnífica cubre el cielo sobre el Estérel durante la jornada del 30. Maupassant, para contemplarla mejor, se va al camino que rodea el jardín de su vecina, la señora Littré. Lleva a su asistente doméstico con él. Encantado por el espectáculo, el gran escritor resplandecía.

- Nunca, dijo, nunca he visto semejante herida en el cielo. Esto no se parece en nada a las auroras boreales de un rosa anaranjado que he podido ver en otras partes. Vea pues, François: ¡ es rojo sangre ¡

Así era. El cielo había tomado un color tan brillante que apenas podía fijarse la vista en él más que algunos instantes.

El año se acaba apaciblemente. El señor Mutterse almuerza con el escritor pero, cansándose mucho con la conversación, éste último pide pronto a su invitado permiso para retirarse a su habitación.

Maupassant se encuentra mejor hacia las tres. Paseó en compañía de François que no sospechaba en absoluto la tragedia en la que él representaría un papel agotador algunas horas más tarde.

Desde las siete de la mañana, el 1 de enero de 1892, el autor del *Horla* estaba a pie. Quería tomar el tren de las nueve para reunirse con su madre como le había prometido. Ahora bien, tiene algunas dificultades para afeitarse. Una neblina parecía flotar ante sus ojos. Se lo dice a François y declara no encontrarse bien para ir a Nice. François lo anima, le sirve dos huevos con su té habitual. Esta pequeña comida le fortalece.

El servidor abre la ventana completamente. El aire perfumado, puro como el cristal, suave como un brazo de mujer, y el incomparable sol matutino de la Riviera llenan la habitación.

El correo. Un montón de cartas. Guy lee algunas.

- Peticiones... Siempre lo mismo, murmura.

Los dos marineros del *Bel-Ami* llegan. Desciende para recibirlos y cuando éstos le desean feliz año, al igual que François, parecen emocionarle mucho más que otras veces.

A las diez se decide:

- Marchemos. Si no vamos, mi madre creerá que estoy enfermo.

En el vagón, su mirada no cesa de dirigirse al mar tranquilo, verdoso, azulado y crepitante de luz bajo el cielo sin nubes. Comenta que hace un tiempo ideal para navegar, luego pide a François ojear los periódicos e indicarle aquello que pueda ser de su interés.

El almuerzo tuvo lugar en la villa de Ravenelles donde se encontraban reunidos, alrededor de la señora de Maupassant, la valerosa viuda de Hervé, su encantadora hija y la señora de Harnois, tía de Guy, a la que este último quería mucho después de su infancia durante la que iba a menudo a verla a Bornambusc, en los alrededores de Fécamp, y que era frecuentemente su confidente y consuelo.

Una vez más, François muestra aquí una discreción extrema. Una vez más, entramos en una zona de incertidumbre sino de misterio.

Según la señora de Maupassant, quién refiere que Guy la abrazaba a su llegada « con una efusión extraordinaria », nada de anormal tuvo lugar durante la comida. Había tal vez en Maupassant « cierta exaltación », pero esa comida fue agradable. Se charla mucho.

Según François, su señor « pareció » comer con buen apetito. El fiel servidor no dice ni una palabra más.

Según el doctor Balestre, médico de la señora de Maupassant, por el contrario, Guy divaga durante el almuerzo. El médico precisa:

«... Cuenta que había sido advertido, por una *píldora*, de un suceso que le interesaba. Ante el desconcierto del auditorio, se retrajo. A partir de ese momento estuvo triste y la comida se acaba en un preocupado silencio.»

Otro desacuerdo.

Según François, Guy y él dejaron la villa de Ravenelles a las cuatro de la tarde. Un coche los transportó a la estación de Nice y, en el camino, compraron una gran caja de uvas blancas al objeto de que el escritor pudiese continuar « su cura habitual ». Entraron directamente a la villa donde,

aparentemente contento de regresar a su casa, Maupassant cambia de vestimenta, pone una camisa de seda para estar cómodo y cena como siempre.

Según la señora de Maupassant, esa cena tuvo lugar en la villa de Ravenelles.

«- Eso ocurrió más tarde, afirma ella, en la mesa, *en mitad de nuestra cena frente a frente*, cuando me di cuenta de que divagaba. A pesar de mis súplicas, mis lágrimas, en lugar de acostarse quiso regresar a Cannes enseguida... Encerrada, clavada aquí por la enfermedad:

« - ¡ No marches, hijo mío ¡, le gritaba. ¡No marches!

« Me aferraba a él, le suplicaba, arrastraba en sus rodillas mi impotente vejez. Él continuaba con su obstinada visión. Y le vi hundirse en la noche, exaltado, loco, divagando, yendo no se a dónde, mi pobre niño<sup>1</sup>.»

Prosigamos. La tragedia va a tener lugar.

Guy de Maupassant, un poco nervioso y muy taciturno, sube a su dormitorio. François le lleva una taza de camomila. El escritor se queja de unos dolores violentos en la espalda. Su asistente doméstico le coloca una serie de ventosas. Una hora después el dolor ha cedido. A las once y media se acuesta. Su asistente doméstico, después de haberle dado las uvas, le ve cerrar los ojos. Se retira.

En ese instante, llega un telegrama, procedente de un país de Oriente, según el cartero. Guy de Maupassant duerme profundamente y François no lo molesta.

A las dos menos cuarto, éste último oye un ruido. Acude.

- ¡Vea lo que he hecho, François! Me he cortado la garganta... Es un caso de locura absoluta.

El asistente doméstico llama a Raymond, uno de los marineros del *Bel-Ami*. Le cedo la palabra por un instante. « ... Pusimos a mi señor sobre la cama de la habitación contigua. Pongo una sencilla venda en la herida. El doctor de Valcurt, mandado llamar urgentemente, quiso venir pronto en nuestra ayuda. A pesar de mi emoción, mantenía una lámpara mientras el doctor practicaba rápidamente las suturas necesarias ayudado por Raymond que realizaba su tarea sin rechistar y con diligencia. La operación resultó perfecta. Mi pobre señor estaba absolutamente tranquilo. No pronunció una sola palabra en presencia del doctor.

« Cuando el médico hubo partido, nos manifestó su arrepentimiento por haber hecho « semejante cosa » y por causarnos tantas molestias. Nos dio la mano a Raymond y a mí. Quería pedirnos perdón por lo que había hecho: era consciente de toda la medida de su desgracia. Sus grandes ojos abiertos se fijaban sobre nosotros pidiéndonos algunas palabras de consuelo, de esperanza, si era posible. ¿ De dónde sacamos en semejante momento, la fuerza desconocida que nos empujó a luchar contra la evidencia misma ? Yo continuaba consolando al herido con todas las palabras tranquilizadoras que podía encontrar. Veinte veces, se las repetía y hacían bastante bien a mi pobre señor que se agarraba afanosamente a una esperanza imposible. Finalmente su cabeza se inclinó, sus pupilas se cerraron; se durmió.

« Raymond, apoyado al pie de la cama, estaba desolado, al borde de sus fuerzas. Había dado todo de lo que era capaz. Estaba de un pálido asombroso. Le aconsejé que tomase un poco de ron, lo que hizo, y entonces de su pecho salieron unos sollozos que parecía que iba a estallar<sup>2</sup>.»

Puede apreciarse el arte con el que François cuenta esta penosa escena diciendo estrictamente la verdad, pero omitiendo detalles demasiado desgarradores y no refiriendo el esfuerzo físico que debió hacer antes que Raymond y durante más tiempo que él.

Vamos a tratar de completar su relato con la ayuda de otras narraciones, que nos hicieron constatar, una vez más, cuantas leyendas e inexactitudes nacen fácilmente.

He aquí dos descripciones de ese mismo suceso cuyos autores son, sin embargo, personas de talento y conciencia.

El señor André Maurel, en sus recuerdos de juventud, da esta versión que dice haber tomado de boca de Paul Bourget « la cual a su vez la tenía de François en persona (!)»

«... Estaba en Cannes. Maupassant se quejaba de ligeros dolores y no podía trabajar del todo. Fue a ver a su médico que le recetó:

« - Tome podofila.

<sup>1</sup> Lumbroso. *Souvenirs sur Maupassant*, p. 119

<sup>2</sup> François. *Souvenir sur Guy de Maupassant* (Plou), pag 295,296,297

«Algunos días después, volvió, quejándose de un aumento del dolor.

« - Hará falta, dijo el médico, probar otra cosa. La podofila no le conviene; la podofila es su enemigo.

« Entrando en su casa:

« - Tengo un enemigo, dijo Maupassant a su asistente doméstico. Se llama Podofila. ¡Escuche bien! No quiero ver a Podofila. ¡Cuando Podofila se presente, tu la dejarás fuera!...

« Varios días después, Maupassant no habla más que de su enemigo Podofila que le persigue. Amenza con matarlo si se lo encontraba en su camino.»

Destaquemos que el célebre escritor no tutea nunca a François – y que esta obsesión por Podofila en encontrará en su delirio.

« Advertido, prosigue André Maurel, el médico aconseja no dejarle llevar armas de fuego y quitar las balas de su revolver.

« Algunos días más tarde, François, oyendo un disparo, se precipita y encuentra a Maupassant presa de la más viva exaltación.

« - ¡ Soy invulnerable ¡ Acabo de darme un tiro en la sien y ¡ estoy indemne ¡ ¿No me crees? ¡Mira!

« Y Maupassant apoya todavía sobre su sien el revolver apretando el gatillo.

« -¿ Crees ahora que soy invulnerable? ¡ Nada me hará nada ! Podría cortarme la garganta: mi sangre no correría.

« François no tuvo tiempo de intervenir. Maupassant se había cortado la garganta.»

En su interesante obra, *En regardant passer la vie*, la autora de *Amitié Amoureuse* (la Señora Hermine Leconte du Noüy) y Henri Amic escriben:

« ... Estoy convencido que, en la noche del uno al dos de enero, Guy tuvo una hora de absoluta lucidez. Comprendió que su razón se le escapaba. Desde ese instante quiso matarse.»

« ... Toma un revolver, afirma Louis Ganderax, y el revolver habiendo fallado, coge un cuchillo. »

Sobre esto estamos completamente de acuerdo. He aquí la siguiente versión de la Señora Hermine Leconte de Noüy y del señor Henri Amic:

« ... Su primera idea fue utilizar su revolver. El armario abierto, donde lo guardaba, lo testimonia. Hizo fuego, pero las balas habían sido retiradas, y las borras le ennegrecieron la sien sin resultado. La pistola fue encontrada sobre su escritorio. Toma sobre su mesa un abre cartas e intenta en vano cortarse la arteria carótida. El estilete se desplazó del cuello a la cara, e hizo una herida profunda...»

Este detalle es erróneo: a la llegada de Maupassant a la residencia de salud de Passy, se pudo constatar que esta herida era « poco profunda.» Nuestros autores prosiguen:

« ... y la sangre corre. Entonces Maupassant profiere terribles alaridos de dolor. Oyendo esos gritos, François acude. Comprende enseguida que estando solo le sería imposible defender a su señor contra el mismo. Llama en su ayuda a los dos marineros del *Bel-Ami*. Usted ha conocido a Bernard y Raymond; adoraban a Maupassant. Es una gran pena que tuvieran que forcejear con él para mantenerlo sobre su cama hasta que llegase el doctor. No serían capaces sin la fuerza hercúlea de Raymond.»

Guy de Maupassant, vendado, acostado, no tuvo fiebre. Estaba muy pálido y no hablaba, postrado, « indiferente a todo », y tranquilo... hasta dar miedo, si se cree en los peores testimonios de François. Pero, en realidad, habría tenido en la noche una crisis terrible.

Según Bernard, fue muy difícil dominarlo. Quería morder y arañar. Fue necesario atacarle y ponerle, por desgracia, la camisa de fuerza.

Si la Señora Leconte du Nouy y Henri Amic estuvieron al corriente, obedecieron al mismo sentimiento que François redactando la página que acabamos de reproducir.

Detalle dado por François relativo a la misteriosa *dama de gris* es que, negándose a nombrarla, el buen servidor la responsabiliza de la desgracia de su maestro. El telegrama llegado durante la

noche dirigido a Maupassant y « procedente de un país de Oriente<sup>1</sup> » según dice el portador, había quedado abierto sobre la mesa. François le echo un vistazo por encima. «... Llevaba, declara, el nombre de la nefasta mujer. La apariencia de mi señor, que la había abierto y leído, era de que no había comprendido nada, pero, a mí, esta firma me había hecho estremecer. ¿Hay que creer en la Fatalidad, en un juego natural de circunstancias o en una secreta acción de fuerzas hostiles? ¿Por qué los buenos deseos de la enemiga más implacable de la existencia de mi señor, llegan en el momento preciso en el que su inteligencia estaba amenazada ?»

Habiendo experimentado la vida parisina y sospechando, según lo que había ya visto, lo que iba a ver, François toma útiles medidas. En primer lugar se dedica a ocultar la verdad durante dos días. El primer anuncio de la tentativa de suicidio – información muy sumaria – no se conoce por los periódicos parisinos hasta el 4 de enero – y las gacetas de Cannes no conocieron la noticia más que por los despachos llegados desde París. A la puerta de la villa del escritor, innumerables inoportunos pudieron comprobar la desaparición de su timbre.

Se golpea. François, siempre correcto, iba a abrir, pero nadie entraba y el buen servidor no hablaba.

Se acosa a Bernard, el patrón del Bel-Ami, y como se liberaba poco se trata de hacer hablar al mariner: se consigue. Se acosa al paisajista Le Poittevin, calle de Montchanin, 10, en el hotel en el que ocupaba el primer piso y donde Maupassant había vivido en la planta baja.

Del 2 al 5 de enero, el infeliz parece confundido. El 4, hacia las ocho de la noche, se levanta sobre su almohada e interpela a su asistente doméstico con una animación febril:

-¡ François ¡ ¿Está preparado?... La guerra ha sido declarada.

Tassart, respondiéndole que la marcha tendría lugar al día siguiente por la mañana, lo indigna:

- ¡Que! ¿Acaso quiere retrasar nuestra partida cuando es urgente ir enseguida?...¡ Siempre hemos convenido que, para la revancha, marcharíamos juntos! Usted sabe que tenemos que hacerlo - ¡ y lo haremos!

Había sido decidido, en efecto, entre los dos hombres, que en caso de guerra con Alemania, irían juntos a la frontera.

Se dedica a tranquilizar a Maupassant.

Habiendo llegado el enfermero enviado por el doctor Blanche, la partida tuvo lugar el 6 de enero.

Instalado en un vagón-cama enganchado al rápido de Paris, entra el enfermero y el fiel François, aletado de fatiga y temor, - hasta el punto que está a punto de caer sobre la vía, en pleno Estérel, por una puerta mal cerrada, - el gran escritor, somnoliento, parecía no ver a los curiosos al acecho sobre el pavimento de la estación.

Otros curiosos esperarían su descenso del vagón en Paris.

¿Cuántos tenían la noción que se trataba no únicamente de una desgracia nacional, sino también de una irreparable pérdida para las Letras de la Humanidad?

---

<sup>1</sup> Exactamente de Orán

## CAPITULO IV

### LA RUINA

¡ Maupassant loco ¡ « ¡Acontecimiento muy parisino ¡»

La sociedad y los habituales zumbaban como colmenas golpeadas. Las mujeres sobreexcitadas, los círculos sociales, felices de tener, por fin, un buen tema de conversación, los periodistas avidos de noticias sensacionalistas, los celosos, en fin, cuya actitud fue tal que François me escribía aún el 4 de junio de 1925: « ... Mi prudencia va un poco lejos, ¡pero si usted supiera todo lo que he coleccionado de escritos provocados por celos que han tratado de hundir la obra y la memoria de mi buen señor!...» - todo ese mundo espía, insinúa, inventa, cotillea de envidia.

Se dan al público detalles tan apasionantes como estos: ¡el vagón en el que viajaba el autor de *Une Vie* tenía el número 42 ¡... Se sabía, estremeciéndose, que el pobre gran escritor llevaba, cuando descendió del tren, un fular disimulando la cicatriz de su cuello y que la manta y el abrigo que lo envolvían no ocultaban completamente la camisa de fuerza. Maupassant, él, el creador de *Pierre et Jean*, de *Notre Coeur*, y de tantas obras maestras, en esta cruda tesitura, ¡que horrible espectáculo y que piedad!

Hubo por tanto una loca avidez de ver, de saber, de describir y de proclamar esto.

La residencia de salud del doctor Blache estaba situada en la calle Bretón, 17, en Passy, cerca de la famosa calle Raynouard, llena de recuerdos literarios y artísticos<sup>1</sup> y donde, siete años antes, Guy de Maupassant había vivido bellas horas de amor.

El destino de esta mansión parecía tener un halo trágico. Había pertenecido a esa encantadora y desgraciada señora de Lamballe que mientras vivía en ella fue ferozmente masacrada por el populacho.

Si creemos al señor Goncourt, esta propiedad « había sido puesta en venta, hacia 1850, por un banquero que había rechazado 400.000 francos a los Delessert. Sin embargo, un abogado, que tenía una casucha en el Point-du-Jour, y quién, todos los días, para desplazarse a París, recorría el muro de la propiedad, el día de la adjudicación en el que ve que el precio es de 130.000 francos, dijo, como bromeando, de poner cuenta francos de sobrepuja a su nombre y de allí se fue a sus asuntos, - y, en el momento de ir a ver a quién había sido adjudicada. ¡Era a él!<sup>2</sup> » Vendida recientemente a una dama americana, esta vieja mansión se derrumba en parte mientras que se quiere reparar. En el momento en el que escribo esto, está en vías de reconstrucción.

El 7 de enero de 1892, Guy de Maupassant franquea ese umbral bajo el que no debía volver a pasar más que después de haber acabado de sufrir, - dieciocho meses más tarde.

<sup>1</sup> Esta residencia de salud del doctor Blanche no era la primera en fecha.

El padre del doctor Blanche, que atendió a Maupassant, - se llamaba Esprit Blanche - había, desde los veinticinco años, continuado la tarea del doctor Prost que dirigía un asilo de este tipo en Montmartre. Este asilo se ubicaba, según E. De Crauzat, « sobre uno de los puntos culminantes de la Butte, en el extremo del Vieux Chenmin, después de haber pasado el Molino de la Galette, detrás del viejo Reservoir. » Era ya el refugio de numerosos intelectuales: entre otros Legouvé, Gerard de Nerval, Antoni Deschamps, etc. Prospera gracias al talento del doctor Esprit Blanche y a la ayuda preciosa que le dio su esposa, nacida Marie Madeleine Bertrand, y su hijo Emile-Antoine (desde que sus estudios de Medicina finalizaron), al punto de resultar insuficiente.

Es en 1846 cuando el doctor Esprit Blanche transfirió su casa de Montmartre (calle Trainée, 4, después, calle de Norvins, 22) a Passy (calle Bretón, 17). « Había hecho de su establecimiento, escribe Roger Régis, una especie de residencia familiar donde vivía en la intimidad con sus pacientes, amigo tanto como médico, como un padre trata a su hijo » refiere Jules Janin. El compositor Coedes, autor de la *Belle Bourbonnaise*, el actor Monrose, la Señora de la Vallette, Lassailly (el autor de *Roueries de Trialph*), fueron allí residentes.

<sup>2</sup> Edmond de Goncourt. *Journal*. T. VIII, pag. 24

Más que nunca, piadosamente voy a trabajar ahora sobre una gran cantidad de documentos diversos, de primera mano y completamente inéditos.

No se sabía nada, o casi nada - ¡cuantas leyendas! – sobre esta parte de la vida del maestro desde su tentativa de suicidio hasta su muerte. Gracias a la vigilancia de los doctores Blanche, Meuriot y Franklin-Grout, la larga ebullición provocada por la desgracia de Maupassant, que se desarrollaba fuera de la residencia, se calma poco a poco, falta el alimento que ella buscaba. Apenas algunos amigos fieles pudieron obtener vagas noticias y que la mayoría aseguran guardar para sí.. Si el doctor Blanche fue de una bondad sin límites al punto de que la señorita Séller podía referir dos elocuentes propósitos:

-Es a mí, decía sonriendo, después de haber dado una gran listona, el mismo Doctor Blanche, - ¡ es a mí, más que a otros, que debería encerrar en una casa de locos ¡

y:

- Si mi padre hubiera vivido dos años aún, afirmaba más tarde su hijo, el gran pintor Jacques-Emile Blanche, nos habría puesto sobre la paja...

... Si el doctor Blanche fue de una inusitada bondad, tuvo también una conciencia profesional que nadie superará y una discreción total. Su sucesor, amigo y discípulo, el doctor Meuriot, compartiría sus ideas sobre el secreto de esas atroces miserias. ¡También de cuyas instancias estos dos grandes profesionales fueron el blanco!

Louis Ganderax, cuya amistad fue tan discretamente vigilante y prudente, nos ha dejado un testimonio de esta... persecución: « Ahora, incluso la residencia de salud no es para él (Maupassant) más que un asilo. Por lo menos se atosiga a los médicos que lo atienden. Se solicita de ellos un diagnóstico. Sont-ils embarrassés pour le donner? On le leur prete... Y los comentarios, las consultas de médicos ajenos y de los aficionados!... Su régimen, su tratamiento, sus cambios de humor, hace falta publicarlos. De hora en hora se dan las noticias de su locura como se dan las de la Bolsa. ¡Ya está bien! »

¡El diagnóstico! ¡A qué suplicio él condena a los doctores Blanche y Meuriot! Nosotros atisbamos esto en una ficha redactada por el doctor Blanche después de una larga reflexión y sin embargo cubierta de enérgicas tachaduras.

« Está afetado, puede leerse, de un desorden de sus facultades intelectuales caracterizado por concepciones delirantes, las más frecuentes en forma melancólica e hipocondríaca, y en alguna ocasión también por unos delirios de grandeza con alucinaciones e ilusiones de los sentidos.

« Presente, además, trastornos del sistema muscular.

« La enfermedad del señor G. De M. Es grave y será dudarrera.»

A continuación, bajo la tachadura, aparece este pedazo de frase:

«... sin que pueda todavía pronunciarse sobre el desenlace que tendrá. »

El doctor Blanche decía de este modo toda la verdad, disimulando lo mejor posible el fondo de su pensamiento, ya que no era tan temerario de creer que estaba seguro del estado real del ilustre enfermo.

Descendiendo con pesar del coche que lo llevaba, este último titubeaba caminando. Visiblemente fatigado, tenía la tez terrosa, la lengua seca, rugosa, la boca torcida y escupía frecuentemente.

Reconoció al editor Ollendorff, Jean Lahor (doctor Cazalis) y al doctor Blanche, pero parece no tener conciencia de la naturaleza del establecimiento en el que entraba. No pronuncia más que escasos monosílabos. Habla sin embargo de « sufrimientos atroces ».

Estando el escritor ya acostado, el doctor Meuriot corta los puntos de sutura y venda la herida del cuello, - herida superficial.

Ese día Maupassant se niega a comer. Bebe agua común y agua de Evian.

No duerme mucho. Su orina estaba sanguinolenta y las demás funciones parecían detenidas.

Rechaza todavía la comida al día siguiente, bebe únicamente agua con la que hace gárgaras. Abatido, postrado, no habla más que para quejarse, primero de alguien que le habría robado la mitad del manuscrito de *l'Angelus*, reprochar al señor Ollendorff haber dejado publicar esa novela en *la*

*Nouvelle Revue* y, después de haber tomado dos píldoras de podofila, indicar que una de ellas le había pasado al pulmón.

Las cuatro horas y media de sueño que logra conciliar durante la noche del 8 al 9 de enero no lo apaciguan. No debía pasar una sola noche tranquila antes del jueves 14 de enero.

Su locuacidad regresa. Acusa al doctor G. De robar su vino en su bodega. En el proceso del derrumbamiento de esta magnífica inteligencia, a menudo, distinguiremos las angustias que le torturaban después de tantos años.

Cree vivir en una mansión poblada de sifilíticos y primero afirma estar afectado de la misma enfermedad que ellos, luego rectifica y supone que no tiene, quizás, más que un poco de herpes.

Un poco más tarde quiere que se deje abierta la puerta de su habitación « para que el diablo se vaya. »

No acepta más que un poco de caldo y unas migajas de pan.

Luego de una horrible noche, pide un sacerdote para comulgar. Pero bruscamente cambia de parecer y ordena a gritos que no se le vaya a buscar. Parece, por otro lado, escuchar dos voces.

Después de su llegada queda en la cama. Durante la jornada del día 10, se levantará por fin, se pondrá su pijama y quedará de pie durante una hora.

Parece todavía escuchar dos voces.

Más tarde, recordando una idea que le perseguía desde Cannes, afirmará que una píldora de podofila puede destruir el hierro.

Declarará, algunas horas más tarde, que del doctor G., al que parece tener un odio momentáneo, ha querido matarlo con la ayuda de una lavativa de miel, por venganza, al pobre enfermo habiendo obtenido los favores de dos damas a las que *nombra* y que ¡el doctor G. amaba en vano!

Aunque la ciencia de los psicópatas esté todavía, poco más o menos, en un periodo empírico, la lipemania, el delirio de persecución, aislado por Lasègue en 1852, es bastante distinguible. El periodo de incubación, de deterioro intelectual indefinido y penoso (el hipocondrio moral) durante el cual el sujeto experimenta unas sensaciones anormales que el asombran y le conducen a analizarse, ha sido bien caracterizado. Esta preocupación del análisis ha llegado, como hemos visto, hasta la introspección externa.

Después de haber asistido, durante la primera parte de su vida literaria, a la comedia humana como espectador escéptico, impasible, manifestando a veces no más que una piedad despectiva hacia la humanidad, se transforma, él mismo, en su propio espectáculo al mismo tiempo que en su propio espectador, a veces emocionado, otras furioso y sublevado, siempre acosado por el miedo a la locura y al suicidio. Este miedo lo atestiguan *Un fou, Qui Sais?, l'Endormeuse, Suicides*. Esta melancolía, esta piedad y esta emoción las revelan *Pierre et Jean, Notre Coeur*, que contienen mucho más análisis psicológico que las obras anteriores – y *Fort comme la Mort*, las grita a veces como bajo la influencia de un dolor sobreagudo. *Le Horla*, que atestigua ese desdoblamiento trágico de la personalidad literaria del autor, es la cima más alta de la que el genial escritor va a caer a los abismos después de haber hecho acopio de todas sus energías cerebrales que todavía le quedaban para lanzar al espacio este clamor, desafiante por instantes: *Sur l'eau...* testamento de un pensamiento que era a veces exaltado, involuntariamente quizás, pero conscientemente (en *l'Inutile Beauté* por ejemplo), hasta llegar a los confines de la locura.

En la cohorte, en *l'Iliade de maux* (de la que habla Pierre Janet) de la Névrose, este « insaciable Protée<sup>1</sup>», el doble lúcido de Maupassant fue, él también, poco a poco aniquilado. Lo veremos reaparecer vagamente, sin embargo, durante estos dieciocho meses de una agonía tan larga, tan cruel, tan desgarradora que sería necesario tener el genio de Dante para describir dignamente este incomparable horror.

Ese doble lúcido pareció manifestarse por primera vez, tras el internamiento, el 11 de enero.

El célebre enfermo había pasado una muy mala noche, como de costumbre, se levanta a cada instante, quedándose de pie ante su cama y dándole la impresión de oír en voz baja a los sacerdotes.

<sup>1</sup> Sydenham.

Decía que el diablo estaba allí. Durante el día se lava completamente el cuerpo con agua de Evian, no toma más que un caldo por todo alimento, habla de la sal de la que tendría el cuerpo y el cerebro impregnado y de la que quisiera desprenderse a cualquier precio. Vestigios de la educación religiosa de antaño, obsesión por la hidroterapia, deseo de estar psíquicamente puro y recuerdos de sus lecturas de libros de medicina: ventajas del regimen de cloruro para los enfermos predispuestos a los edemas. Nosotros veremos a nuestro enfermo introducirse así en un círculo de ideas antiguas, rápidamente cerrado y después progresivamente estrechándose: parada del desarrollo y trastornos de la función sin deterioro de la propia función en principio, disminución ya de la vida.

Las alucinaciones del oído se van a multiplicar, el delirio ya instalado, se sistematiza: Maupassant está en el segundo periodo, o periodo de estado de la entidad patológica aislada, como decía Lasègue en 1852. La herida de su cuello ha cicatrizado. Se le hace un último vendaje. Y he aquí que el doble lúcido del escritor, muy tranquilo y aparentemente razonable, solicita su correo y sus periódicos.

La claridad dura poco. Esa misma tarde, Guy anuncia que tiene la capacidad de ver a gran distancia. Percibe, en el momento en el que habla, bellos paisajes de Rusia y de Africa. Después la noche será horrible. Durante este largo insomnio, el pobre se levanta frecuentemente para ir a hablar en voz baja contra las paredes – eso que se explicará pronto.

Almuerza convenientemente y el Doctor Meuriot, ofreciéndole su brazo, le hace dar un paseo por el pasillo sobre el que se abre su habitación.

A menudo, Guy de Maupassant se detiene para hablar en voz baja. Parece que escucha unas respuestas. Luego fija atentamente su vista en el suelo en el que cree ver hormiguesear, dice, « unos insectos que arrojan morfina a grandes distancias.»

El resto del día, muy absorto, habla poco. Afirma haber hecho condenar a seis meses de prisión a un hombre que había violado a una muchacha – del que ignora su nombre.

Más tarde dirá que se comunica con los muertos...

- Porque no hay muertos, explica.

Posteriormente, revirtiendo la afirmación anterior, veremos al pobre gran escritor considerar que el agoniza, luego que está muerto. Mísero patetismo de este pensamiento torturado por la angustia después de tantos años y llegando a este automatismo del pensamiento con menos de cuarenta y dos años de actividad, a esta disminución de la vida correspondiente más o menos al *lamentable automatismo de los ancianos* !

Tal vez la locura podría definirse: la suspensión de toda acción voluntaria en la elección de las ideas o la práctica con la que las ideas se encadenan y se reproducen ellas mismas sin ser llamadas por la voluntad del individuo. ¡ Que gran misterio es todo esto ¡

¿En su estado normal, el hombre no siente, incluso cuando es viejo, su espíritu atravesado a todo instante por ideas accidentales, contradictorias, fortuitas que destrozan el hilazón de las concepciones si uno no tiene la fuerza de alejarlas ? En la locura esa elección no existe; las ideas se introducen en desorden en el cerebro, al azar de las impresiones anteriormente recibidas de las que parece vaciarse antes de ser aniquilado. Asociaciones extravagantes o fatales donde el *yo* no tiene parte.

La noche fue agitada. El enfermo tuvo alucinaciones: creía oír al populacho de París aullar en el parque. ¿ Conocía tal vez la historia de la residencia de salud del Doctor Blanche y pensaba en la princesa de Lamballe masacrada cuando ella residía allí ? Quería arrojarse por la ventana; luego pide sus revólveres: ¿ tuvo un instante de lucidez deseando escaparse por medio del suicidio a la decadencia? ¿ O se agitaba en él una etapa del proceso del delirio de persecución de que está observado por los especialistas: el profesor Henri Claude, los doctores René Bessière, Daday, etc<sup>1</sup> ? No duerme más que *dos horas*, hasta las siete y media de la mañana.

Durante el día, la idea de la muerte no le abandona demasiado. Dialoga con Flaubert y – hecho sobrecogedor que se repetirá – con su hermano Hervé.

- Sus voces, explica, son muy débiles y como llegadas de lejos.

<sup>1</sup> Ver al respecto la magnífica Observación I de la tesis de Konstantin Yovanovitch. Paris, 1924 (Amédée Legrand, edición) pag. 30 y siguientes.

Acto seguido afirma que los muertos hablan, pues manifiesta haber escrito al Papa Leon XIII para aconsejarle la construcción de tumbas lujosas donde el agua alternativamente fría y caliente lavaría y conservaría los cuerpos. Abrir un ventanuco en lo alto de los mausoleos permitiría conversar con los difuntos.

Aquí surge la concepción más curiosa del Maupassant privado de razón. Se trata, creo, de algo único en los anales psicopáticos, mientras que las obsesiones religiosas y las ideas de grandeza a las que sucumbe, son clásicas.

Mientras resulta relativamente fácil, para un maupassantista avezado, encontrar un origen a la mayoría de las ideas que perduran tras el naufragio de la inteligencia del gran escritor, no parece muchas veces posible explicar la génesis de esta *Medicina Viajera* inventada en este momento por él hablará varias veces dando detalles nuevos.

Hervé de Maupassant, cuenta él, se ocupa mucho de la historia natural. Tiene adiestrados unos insectos a los que da un nombre y una dirección. Estos insectos comprenden y obedeciendo alcanzan, sea cual sea el lugar donde se encuentre, al individuo que hay que enfermar.

- Lo sé, añade. Me lo ha hecho, lo que me ha dejado tan indispueto.

Tuvo también una conversación con su mare – quién no podía abandonar Nice – y le dijo, entre otras cosas, que iba a entrar en un seminario y que, seis meses más tarde, sería más elocuente que el Padre Didon.

Se interrumpía para golpear el pie con el objeto de pisar los insectos de la *Medicina viajera* que él veía en el suelo, - sospechaba que el doctor Cazalis escuchaba detrás de la puerta, - declara que su pensión estaba pagada « por los Rothschild, » - y expresa finalmente el deseo de volver a su casa, « la más hermosa habitación de todo París.»

En este momento, los salones y los periódicos se ocupaban del ilustre enfermo, con la morbosa pasión que ya se sabe. El día 13 de enero de 1892, el *Gaulois* contenía un artículo de Armand Villette sobre *El caso de la señorita Dourches*, dramática historia de un internamiento quizás arbitrario y de un secuestro, cuestionando la ley sobre los alienados con una amplitud que justificaba, por desgracia, « la actualidad » dada a este tipo de sucesos por el internamiento del autor de moda. Algunos iniciados sabían que Maupassant había reclamado sus periódicos y su correo cuando ya residía en Passy. Louis Ganderax (cuya atenta amistad quedará como una de las más bellas de esta tragedia fértil en fealdad) leyó este artículo y, en su ignorancia respecto del estado exacto del novelista, debido a la discreción de los médicos, entrevió los estragos que semejante lectura podría ejercer sobre el cerebro del Enfermo. Escribió febrilmente a los médicos ese *neumático*<sup>1</sup> Urgente que deposita a toda prisa, en la Oficina de la Avenida Friedland, a la dirección del doctor Meuriot (o su sustituto) :

« Sería mejor que Maupassant no leyese el *Gaulois* hoy: en una entrevista sobre el caso de la señorita Dourches, se menciona la cuestión acerca del internamiento de los alienados y de sus tentativas de suicidio.

« Sería mejor, decididamente, que no se le envíe ningún periódico sin haberlo examinado previamente, - y que, lo más pronto posible, se envíe un comunicado por nuestro amigo Cazalis al *Figaro*, al *Gaulois*, al *Gil Blas* y a *l'Echo de Paris*, diciendo más o menos lo siguiente:

*Observamos con placer que el estado de salud del Señor Guy de Maupassant mejora día a día.*

*Ayer, ha solicitado los periódicos. Ha podido leer varios.*

« Eso sería vago; para él sería inofensivo si lo leyese, y tendría la ventaja de advertir a todos los periodistas que puede leerles.

« Disculpe mi intromisión, señor, y reciba la expresión de mis más distinguidos sentimientos.

LOUIS GANDERAX<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>

<sup>2</sup> Inédito, como todos los documentos que me sirven para escribir este capítulo donde todo es nuevo.

Otros dos emocionantes hechos tuvieron lugar ese mismo día.

a) La Señora de Maupassant, pegada a su sillón de enferma y, aunque tranquilizada por los médicos de su hijo, en un estado fácil de imaginar, pedía que François estuviese cerca de su señor – lo que el fiel servidor acepta – y la Señora de Harnois de Blangues escribía de él: « La devoción de este hombre ha sido por encima de todo elogiada y sé cuanto su señor depende de él.»

b) Un valiente abogado danés, un letrado y maupassantiano ferviente como hay muchos en este amplio mundo, enviaba, desde Copenhague, a alguien próximo al escritor, esto que manifiesta todo su fervor e incluso cómico en su expresión:

« Leo en el *Tempos* que un medico habría ofrecido vino al enfermo Señor de Maupassant, pero que éste tuvo el feliz instinto de rechazar<sup>1</sup>.

« Permita, Señor, a un viejo abstemio manifestar la opinión de que las bebidas fuertes de todo tipo, incluida la cerveza, siendo peligrosas para las cabezas débiles, son un veneno para los enfermos mentales.

« Tengo un cliente, antiguo pastor dado de alta en una residencia de alienados hace más de 13 años. Los médicos declararon que regresaría. Según mi consejo, se abstuvo de bebidas fuertes y no ha vuelto todavía a reproducirse su locura. Las ventajas de la abstinencia bastante reconocidas en Inglaterra, América y Escandinavia, son demasiado desconocidas en Francia. Incluso el uso moderado de alcoholes es el origen de toda clase de enfermedades y de crímenes, transformando el espíritu belicoso como los franceses. Los abstemios son generalmente pacíficos, amigos de la paz y con una gran salud.

« Sin embargo, yo no predicaré aquí la abstinencia. Me gustaría únicamente llamar la atención de los médicos de la salud del espíritu sobre la relación entre el alcohol y el estado de la mente.

« Resp:

« Abogado V. MOELLER, ...

« Skindergrade 42, I. »

Salvo raras excepciones, todo el mundo, ignora la consigna dada en la puerta de la Residencia de Passy, numerosas cartas llegan a Nice a la señora de Maupassant solicitando de ella autorización para ver a su hijo. Un número también considerable de peticiones de la misma índole llegarán a Sainte-Maxime-sur-Mer a la dirección del Señor Gustave de Maupassant.

Se ha dicho y se ha escrito que, « por celos maternos » contra las mujeres que su hijo ama, la señora de Maupassant las hizo alejarse imperiosamente del Enfermo.

Ahora bien, dos documentos inéditos procedentes, uno de la señora de Harnois de Blangues, el otro de Gustave de Maupassant, demuestran que, sin ser consultados, el padre y la madre dejaron a la dirección de la Residencia de salud, juzgar la oportunidad de estas visitas.

Otro documento inédito establece, por otra parte, que antes del 18 de enero esta dirección, habiendo sido advertida (nadie permite explicar como) que Guy de Maupassant « *en una ocasión había hecho jurar a una mujer de hacerle pasar un veneno en el caso en el que su estado le obligase a entrar en una residencia de salud* », había tomado medidas en consecuencia. Nosotros ponemos aquí el dedo en la llaga del terrible drama moral que tuvo lugar, desde 1883 en el alma del gran escritor. ¿Se imaginan la escena de amor en el curso de la cual el autor de *Notre Coeur* pide y obtiene ese trágico juramento? He aquí la razón, desconocida hasta hoy, por la que la más favorecida y la más suplicante, probablemente, de las visitantes no fue admitida más que una vez (cuando el estaba sumergido en la inconsciencia que anunciaba una muerte muy próxima) a contemplar, *de lejos*, a través de un cristal, la apariencia carnal de Guy de Maupassant, paralítico general.

¡Que espantoso calvario recorrió para llegar allí!

<sup>1</sup> Prueba complementaria de la sobreexcitación de la opinión sobre este aspecto y en esta época.

La noche del 14 de enero de 1892 fue su primera noche tranquila en Passy, pese a que ¡durmió poco! Por el contrario el día fue muy agitado.

La idea de Dios y de la religión, clásica en la locura de la persecución<sup>1</sup>, apareció claramente. Manifiesta al principio que « Dios había proclamado, desde lo alto de la Torre Eiffel, a todo París, en la tarde de ayer, que ¡el señor de Maupassant es el hijo de Dios y de Jesucristo!» Luego, tras rechazar la comida porque creía estar agónico, quiso comulgar e ir a buscar « al Padre Didon, calle de Victoires, 5 » Tuvo una violenta crisis de agitación que, comenzó a mediodía, persistió toda la jornada y durante la que dijo que iba a batirse en duelo con Cassagnac y el general FÉvrier. Finalmente habló mucho de su hermano con quién tuvo una larga conversación al otro lado del muro.

Las alucinaciones no le dejaron ni a la noche. Siembre febril, monologaba en voz alta, pretendiendo que un artículo había aparecido en el *Figaro*, artículo firmado por él y por el que provocaba a Cassagnac y al general FÉvrier. Alzando de súbito el tono, grita:

- Si ese artículo está firmado por mí, ¡es falso! Esto es extraordinario: no tengo ninguna relación con el *Figaro*... No he escrito al *Figaro* : ¡eso ha pasado en la calle, en pleno mediodía! Ha pasado una nube que se ha posado sobre la torre Eiffel. He recibido una píldora de la *Medicina viajera*. Toda la noche, ha circulado, circulado, circulado...

De pronto afirma que se le habían robado 600.000 francos.

Cena copiosamente. Luego quiere trabajar, - escribir, eso que el había hecho tantas veces y con tanto éxito, - escribir, nuestra razón de ser, nuestra salvaguarda, nuestra última pasión por todo... Quería escribir como ayer, - ese ayer tan lejano para él, por desgracia... Quería escribir, no pudo, cambia de idea...

No hizo más literatura: escribía un despacho a la dirección de su madre. Sobre el papel podía leerse: *Recibirás mañana... Hemos encontrado en la casa 600.000 francos. Se quería hacer quemar la casa. Los parisinos estaban furiosos cerca de mi a causa del olor a sal que yo emanaba. Ellos me hacen un daño terrible. Me han estropeado el vientre. He tenido una revelación.*

Gracias a unas notas tomadas por François Tassar, el fiel servidor, que ahora pasaba todos sus días al lado de su infortunado señor, estamos informados sobre la segunda parte de esta jornada del 16 de enero. Las reproduzco íntegramente:

« ... Mi hermano, enterrado hace dos años, ha venido esta mañana y se ha ahogado en el Sena... He tomado, esta mañana, un medicamento que me ha trastornado el espíritu: no tengo corazón, ni órganos, ni hígado... No puedo hacer eso sin que el mundo entero lo vea... Ha venido más de un centenar de personas a decirme que él estaba allí esta mañana... Se ha abierto un agujero en la piedra y él ha llegado, para asesinarme, esta mañana, en mi cama...

« Se ha debido quemar mi casa de París. ¡Podemos alejarnos!

« El general Négrier ha enviado un médico para visitarme a causa de mis ideas diabólicas.

« ... Toda la población está aquí para matarme porque he quemado mi casa.

« ... ¿Me oye, Emperador ? Hay un montón de crímenes cometidos en este momento. »

Aquí finalizan las notas inéditas tomadas por François.

Ese día, Maupassant durmió desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada. Vuelve a hablar de su hermano Hervé « que se ha ahogado porque no tenía nada que comer. » Lo oía golpear en la pared.

Levantado a las 11, tras haber almorzado convenientemente, se vuelve a acostar inmediatamente, totalmente vestido, repitiendo varias veces que estaba agonizando. Su respiración se vuelve pronto ruidosa y rápida, - y dice que tenía « ¡la sífilis, la sífilis negra! »

Después de cenar muy ligeramente, recibe la visita del doctor Cazalis.

Enseguida duerme un poco: más de dos y menos de tres horas. Durante todo el resto de la noche, estuvo alucinado y monologa en voz baja. En cierto momento, dice que había que apagar el fuego en su habitación y parece temer un incendio.

<sup>1</sup> Cf. Tesis de K. Yovanovitch anteriormente citada (Observación I) y la mayoría de los tratados relativos a esta cuestión.

Varias personas fueron admitidas junto a él ese día: El Señor P. Arnaud, amigo de su familia, y que partía al día siguiente para la Riviera (Guy no le dijo una palabra, pero ordenó a François a « dar mil francos a Arnaud » para que se los entregase a la señora de Maupassant), - el doctor Grancher y el señor Jacob, ante quién no habla más que de millones, - el señor Albert Cahen, finalmente. Sus palabras eran incoherentes.

Tal vez cansado por estas visitas, después de haber rechazado la cena, arroja bruscamente y con cólera al buen François de su habitación. Dice que debía matarlo, a él, Maupassant, durante la noche, - en el curso de la que estuvo tranquilo, pero apenas durmió.

Al amanecer declara que François estaba muerto.

- Se ha matado, precisa, por una descarga de morfina.

Esta obsesión por el temible alcaloide permite imaginar el abuso del mismo en su angustia. Es cierto que su despiadada lucidez le permite llegar a ser en todos los dominios, comprendida la herencia, lo que ignora tal vez y que en último término esta lucidez no desapareció más que usada después de ser ejercida frenéticamente sobre las cosas intangibles.

Ese día, el 18 de enero, rechaza la comida: ¡eso era defendido por su madre! Despide de nuevo a François y tiene una persistente alucinación. La idea de la sal, - el regimen del cloruro - y la idea de la huida del pensamiento se mezclan de este modo: la sal le había hecho tres agujeros en el cráneo por donde huían sus sesos.

-Esto es muy humedo, observaba.

Confiesa más tarde que su vientre era artificial y no podía, como tal, « soportar la carne. »

El círculo de sus obsesiones se estrechaba. Una tras otra, en efecto, ideas ya expresadas se manifestaron sin otras transiciones que silencios:

- ... Las balas lanzadas sobre mi casa han estallado... Hay un sacerdote a la puerta que me llama: es un dominicano...

Enseguida muestra que creía estar retenido en su apartamento de enfermo por orden del Ministro de la Guerra. Luego oyó a su hermano. Hervé le pedía hacer alargar su tumba. Finalmente, vuelve a hablar de dinero, gritando que le habían robado, manifiesta que François le había hurtado setenta mil francos que estaban depositados en casa de su madre y se perdió en divagaciones absolutamente ininteligibles. Después de esto ceno bien. Pero el sueño le huía siempre. No durmió más que dos horas y media esa noche.

Es esta progresiva disminución de la vida que es, creo firmemente, la locura, vamos a ver aparecer lo que el doctor Pierre Janet ha definido bien: « la tendencia a reemplazar las operaciones superiores por la exageración de ciertas operaciones inferiores.»

Mientras rechazaba frecuentemente la comida como hemos visto, he aquí que no solamente se alimentaba sin dificultad, sino que come con glotonería, engullía sin masticar y tomaba sus alimentos con los dedos. Quizás también un recuerdo de sus lecturas médicas o de sus innumerables conversaciones con los médicos en el momento en el que adelgazaba mucho (1890) le acosaba: la alimentación juega un rol capital en el tratamiento de los basedowianos; se puede decir que todo basedowiano que engorda mejora, mientras que el que va mal pierde peso.

Pero ¿era Guy basedowiano? No obstante, es posible admitir que en Étretat, su vecino, el doctor Aubé, le había proporcionado algunos detalles precisos sobre el estado de su valiente madre.

La obsesión de la muerte y de la religión vuelven con intensidad y persistencia. Repite que agonizaba y quería confesarse. Pide agua bendita.

- Si no me confieso, dice, iré al infierno. François ha escrito a Dios una carta para acusarme de haber sodomizado<sup>1</sup> a una gallina, a una cabra, etc.

Algunos instantes más tarde escribe a un Tesorero (¿) para enviar dinero a las Pompas Fúnebres de Lyon para que se haga alargar la tumba de su hermano, - y la idea del dinero lo dominaba: pretende que le han sido hurtados cuarenta millones. Se interrumpe a menudo, haciendo alternar con grandes cifras la carta acusadora de François que ha sido leída en el cielo.

<sup>1</sup> En realidad, Maupassant empleaba otra palabra.

Esta obsesión de Dios despierta la atención del entorno del enfermo. En un determinado momento, alguien considera – aún contra toda esperanza – la posibilidad de una tentativa de medicación sugestiva o de persuasión y pide la opinión de la señora de Maupassant. La admirable sexagenaria, ansiosa, casi ciega, muy enferma, encuentra la energía suficiente para responder a esta petición amistosa la emocionante página inédita siguiente:

« ... Voy a tratar de responder a la cuestión tan delicada que usted me propone, la que me produce, desde luego, tanto asombro como perplejidad.

« Sin estar entre los ruidosos y absontos enemigos del catolicismo, Guy estaba sin embargo lejos de ser un creyente y toda práctica religiosa le era ciertamente ajena después de muchos años. Hizo sus estudios en el Seminario de Yvetot donde se muestra un alumno excelente, lo que no impidió que no fuera expulsado, sobre los dieciséis años, por un pecadillo sin ninguna importancia. Finalizó sus estudios en el Instituto de Rouen.

« Debo darle unos detalles que le ayudarán, tal vez, a entender la situación. Quizás queden en su cerebro enfermo algunas reminiscencias de esos viejos tiempos, alguna necesidad de sostén y de refugio. ¿Quién puede saberlo?

« Todo lo que le puedo decir, es que no he visto a mi hijo, durante su carrera de hombre, ninguna veleidad religiosa. No le he visto nada, ni aversión, ni desprecio por lo que no creía.

« Estoy incapacitada para darme cuenta de la conmoción que puede producir en una mente el horrible golpe que ha afectado a mi pobre muchacho y estoy dispuesta a todo para aportarle cualquier alivio. Haga entonces lo que las circunstancias obliguen y ceda al deseo del enfermo... ¿Pero no habrá también el temor de alterar sus pensamiento y de despertar un fanatismo peligroso?... Esto no es quizás más que un sueño de enfermo.

« ... No soy practicante, lo confieso, pero tengo gran respeto por las convicciones religiosas y no pido más que una cosa: La curación de mi pobre querido hijo. Que sea más o menos creyente, quedará lo que siempre ha sido: generoso, noble y delicado y dotado del mejor corazón de hijo que haya latido en un pecho.

« ... No puedo escribir más y tengo todavía algo importante que decirle. En el caso en el que fuese arrastrado a una especie de conversión, naturalmente poco sólida en el estado en el que se encuentra el enfermo, yo le rogaría encarecidamente velar por la conservación de los manuscritos sobre los que Guy contaba mucho y que podrían no coincidir con las ideas actuales nacidas en su mente enferma.

« Cuento con usted para esto, y se lo ruego, etc.

« LAURE DE MAUPASSANT. »

La última página de su última novela l'Angelus, en fecho, anormalmente tachada, no era más que una magnífica blasfemia. El editor artista Louis Conard la ha publicado: «... ¡Dios! Eterno asesino que parece disfrutar con el placer de producir nada más que para saborear insaciamente su pasión obstinada de matar de nuevo, de recomenzar sus exterminios a medida que crea los seres. Eterno fabricante de cadáveres y proveedor de cementerios, que se divierte después de sembrar los granos, esparciendo gérmenes de vida para satisfacer sin cesar su necesidad insaciable de destrucción. Asesino hambriento de muerte, emboscado en el espacio para crear seres y destruirlos, mutilarlos, imponiéndoles todos los sufrimientos y enviándoles todas las enfermedades, como un destructor infatigable que continua sin cesar su horrible trabajo. Ha inventado el cólera, la peste, el tifus, todos los microbios que rondan por el cuerpo, los carniceros que devoran a los animales débiles. Únicamente, sin embargo, las bestias son ignorantes de esta ferocidad pues desconocen esta ley de muerte que las amenaza tanto como a nosotros. El caballo que brinca al sol en una pradera, la cabra que salta sobre las rocas, con su porte ligero y flexible, seguida del macho que la persigue, las golondrinas que anidan en los tejados, las palomas, pico con pico, bajo el verdor de los árboles, parecidas a dos amantes que se cuentan sus ternuras, y el ruiseñor que canta al claro de luna cerca de su pareja que anida, no conocen la eterna masacre de ese Dios que los ha creado. El cordero que... »

Y aquí finaliza la obra del gran escritor.

Pronto lo veremos, después de este corto periodo de temor, lanzar de nuevo anatemas contra la divinidad, pero el 20 de enero, después de no haber dormido más que dos horas ( ¡Oh, terrible agotamiento resultado de este insomnio más o menos constante!) anuncia que venía de recoger el dinero reservado para su viaje al cielo. Entonces el diablo se lo llevaría de noche.

Después de haber ordenado a François quemar sus manuscritos, quiso vestirse para ir al convento de los Dominicos. Luego quiso hacer las maletas.

- Van a ser transportadas por el diablo. Más tarde tuvo otra alucinación, repitiendo que tenía unos agujeros en la cabeza y « la sífilis negra », habla solo en voz baja y, finalmente proclama, vehementemente – lo que hará sin cesar a partir de ese momento – acerca de sus intenciones anteriores, que él poseía cincuenta millones.

La jornada siguiente fue menos animada. Durmió mal, comió poco, no habló casi nada. Interpelado, no respondió más que con monosílabos. Parecía escuchar voces y se aproximaba al lado de la pared para oírlas mejor. Tuvo un acceso de violencia, no obstante, contra sus enfermeros y, por la noche, acusó a François de haberle robado seis millones en casa de los editores.

El mismo delirio medio orgulloso, medio melancólico, continua. El 23 de enero, luego de una noche relativamente tranquila, su delirio se vuelve más tumultuoso y más incoherente, las ideas se superponen unas sobre otras, como las piedras de un palacio destruido:

- No me rechace unos huevos: estaría obligado a pagar 100.000 francos. Usted me ha hecho hacer un gasto increíble, usted ¡... Los cristianos hacen eso... Yo no he sido nunca general... ¿Qué se dice en el Ministerio?... El notario ha vendido mi casa de Étretat por 1.500 francos: valía 35.000, lo que me ha hecho perder 100.000 francos... Mi manuscrito que quería destruir, ha sido robado por el diablo... Cuando se tiene el estómago fatigado, o se ordena hacer un estómago artificial por los Benedictinos que residen en la calle Victoires, nº 34... Se hace un paté con los huesos de las personas sanas, - eso es así... Preguntad a los cristianos: no hacen esto más que para los católicos...

Todos estas palabras, como las demás que cito, son textuales: fueron anotadas por testigos escrupulosos. Procedentes de diversas fuentes, los documentos sobre los que trabajo tienen un rigor comparable a los de las observaciones clínicas regulares: éstos permitieron tal vez a los especialistas emitir interesantes conclusiones, no únicamente para el caso Maupassant, sino para el estudio y la terapéutica de las enfermedades mentales.

La noche del 24 de enero fue una noche de buen sueño: ¡por fin! Pero Guy se despierta de mal humor y se queja de todo y de todos.

Recibe numerosas visitas: su primo el cirujano mayor Huchar, d'Angoulême, el doctor Grancher, Los señores Albert Cahen y Jacob, etc., pero fue parco en palabras con respecto a sí mismo. Pasa la mayor parte de la jornada monologando en voz muy baja.

Durante la noche, muy agitada, trata de arrojar por la ventana « para huir del diablo que está en la habitación » - y quiere confesarse. Después del almuerzo, dio un paseo por el parque del establecimiento y, entre palabras, declara que el príncipe de León había venido a llevarle unos periódicos. Tras eso, pasa una noche tranquila y sin embargo se muestra muy sombrío.

Un oculista renombrado, que le había atendido hacía tiempo, el doctor Landolt, viene a verle. Taciturno, Maupassant no le dice ni una palabra.

Las alucinaciones vuelven. Acusa al doctor Grancher de haberle envenenado con morfina, repite que estando agonizando no podía comer y se niega a levantarse. Un nuevo libro de Gyp le había llegado, no consintiendo en mirarlo más que después de haber pedido a voces la autorización para abrirlo. Repite que tenía un estómago artificial y añade que para curarse era necesario absorber mil doscientos huevos cada media hora.

Siempre la cuestión de la alimentación<sup>1</sup> y el deseo instalado en esta pobre alma despedazada por encontrar la salud, la puerza de ese cuerpo descrito en *le Horla*, ese « cuerpo tan debil, tan torpemente concebido, lleno de órganos siempre fatigados, siempre forzados como resortes demasiado complejos », « que vive como una planta y como una bestia proporcionándose

<sup>1</sup> Los huevos están indicados para la sobrealimentación de ciertos enfermos que eliminan diez veces más los fosfatos que los individuos normales. (Cf. Capítulo III, página 95.)

penosamente de aire, de hierba y de carne, máquina animal presa de las enfermedades, de las deformidades, de las putrefacciones, ahogada, mal arreglada, ingenua y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra grosera y delicada, bosquejo de ser que podría volverse inteligente y grandioso ».

Y ese es el ciclo ordinario de las obsesiones que se *sistematizan* a pedir de boca por los teóricos de la alineación mental:

- Ollendorf y Havard han aparecido. El Banco ha descubierto su escondite... Los cuarenta millones están depositados en mi nombre... Jacob está implicado: los quinientos mil francos que debía recibir de América, es el Banco de Francia que los ha cogido, - pero no son quinientos mil francos, ¡son quinientos millones! Se le va a meter en prisión como a François por el asunto de Rothschild.

Estamos en presencia del *delirio de persecuciones* de Lasègue – y de Magnan y, al respecto, el caso es típico.

Luego de una buena noche, Maupassant se muestra de buen humor. Su estado psíquico parece en vías de mejorar, pero esto no durará.

El 28 de enero, levantándose, dice haber conversado toda la noche con su madre. Afirma haber sido vendado en Cannes « con unas suturas de algodón » - y que, mientras habla en voz bajo, sus palabras son entendidas en el mundo entero « hasta en China ».

Estando dando un paseo, como la víspera, en el parque del establecimiento, recibe la visita del doctor Magitot. Después de lo que su delirio se acentúa.

Rechaza la miel que se le ofrece, diciendo que está envenenada « porque las abejas la hacen con la digital. » Echa una vez más al infortunado y fiel François porque ¡ayer le ha cogido 100.000 francos! Cinco minutos después de haber tenido una entrevista con el doctor Cazalis, se muestra extrañado ante el doctor Granger « de no haber visto desde hace mucho tiempo al doctor Cazalis ». Insiste mucho sobre un supuesto artículo del Figaro publicado bajo su nombre y escrito por « la Podofilia » que le ha acarreado unos enfrentamientos con la armada... Protesta porque se le impide comulgar con los Dominicos que le esperan. ¿Habría en esto alguna traza de un viejo deseo de huir y de desaparecer, o una oscura « necesidad de apoyo y de refugio » como suponía la señora de Maupassant?... Esta idea pasa rápido, como las demás, suplantada por la de que el doctor Meuriot habría puesto a su enfermo tres estómagos artificiales. Guy pide enseguida « dieciocho huevos cada media hora », - finalmente habla de un viaje hecho al cielo por Renan.

Sería fastidioso, ahora que hemos recorrido más o menos el círculo de las ideas que lo acosan, enumerar todas las alucinaciones de Maupassant. Citamos únicamente las más características, tanto como su posible fecha.

El 29 de enero, hablando a un ser invisible, grita:

- ¡Mientes, mientes! ¡Eso no es cierto!... Hoy no como, comulgo.

Más tarde, se asusta:

- Es imposible. El vino blanco es barniz; el Saint-Julien es de agua salada. ¿Qué beber, entonces?

Pasa una parte de la jornada hablando en voz baja de pie contra la pared y escuchando la respuesta que ésta parece darle. Luego de haber deseado cordialmente los buenos días a François, le echa una vez más tratándole de « ladrón de millones ».

Habla a menudo de su hermano, a quién defiende de poner todo su dinero en Panamá. Habiendo solicitado el café, dice que está envenenado con sulfato de hierro. Alucinado y febril grita:

- ... Es necesario apagar todos los fuegos del monasterio... ¡Hervé, Hervé! ¡quieren matarme!... Quema todos los papeles. Mata al gendarme... Impídele escribir, etc.

Las incoherencias van a más y el sueño se acorta todavía.

El 31 de enero, ordena un almuerzo para su madre, su cuñada, su sobrina y su hermano « que están allí pero no pueden encontrar la puerta para entrar ». (El recuerdo de su familia no le abandona completamente.)

El mismo día cuestiona al doctor Meuriot, que se volcaba sin reservas a su célebre pensionista:

- ¿Ha recibido usted los sesenta millones que me pertenecen y que mi notario quería donar al Panamá?... Pero mi hermano ha matado al notario enviándole morfina.

Por la noche decía que « el vino que se le llevaba de Cannes era de barniz empozoñado », ya que François lo había envenenado, a él, Maupassant, vertiéndole ese vino sobre el ombligo.

Día a día, el desgraciado gira, salta, rebota al azar como una mosca en una jarra, en medio de su repertorio de ideas estrechamente limitado. No duerme apenas.

El 1 de febrero no deja de hablar en voz baja más que para solicitar ir a comulgar con los Celestinos «que lo esperaban».

Expresa de nuevo ese deseo al día siguiente. Alucinado sin cesar, vuelve a hablar de sus estómagos artificiales « que le cuestan 12.000 francos », y señala que posee 1.200 huevos guardados en la bodega del doctor Meuriot.

Muy agitado durante la noche, no lo estuvo menos durante la jornada del 3 de febrero.

Manifiesta que sus estómagos artificiales han estallado porque no se le han dado huevos cada media hora, - acusa al doctor Meuriot de haberse apoderado de una cesta de huevos y de un canasto de madera que el había hecho colocar en la bodega ocho días antes, - dice haber efectuado una denuncia ante el Comisario de policía contra su asistente doméstico que le ha robado varios millones - y reprocha todavía al doctor Meuriot de haber dejado deteriorar sus estómagos artificiales, lo que le hace perder 12.000 francos.

- Todos los católicos tienen estómagos artificiales, afirma.

A continuación afirma que su hermano ha depositado « una bomba explosiva en la bodega ». Después de haber decidido no pasarse, sale algunos instantes más tarde y recorre el parque a grandes pasos.

Noche agitada, sin sueño... Ese temible estribillo jalona ese calvario. Alterna con éstas: Alucinaciones continuas. El 4 de febrero, Guy manifiesta una frenética excitación:

- Vístame para que tome el tren para ir al purgatorio... ¡Señor Meuriot! ¡Señor Meuriot!... ¡El señor Grancher está a punto de querer hacer saltar todo su establecimiento!... Es necesario arrestarlo... ¡Le he fundido la bomba!... ¡Cae de espaldas! ¡Cae de espaldas! ¡Rompe los huevos!...

Etc. Etc. Deja varias veces de comer durante las comidas, se acuesta, pregunta en voz alta:

- ¿Hay que comer?

Se vuelve a levantar y regresa a la mesa.

¿Vestigio de ese *doble* lúcido del que hemos hablado anteriormente? ¿Quién sabe?

El derrumbamiento continúa en un horror monótono hasta el 9 de febrero. Esa mañana Maupassant tiene fiebre. Sufre un trastorno gástrico, debido a una anorexia total. Guarda cama. Sus alucinaciones no lo abandonan. Habla sin parar, recordando que el médico, cuando nació, había manipulado su cráneo<sup>1</sup>...

- ... Para gran asombro de mi padre y mi madre... ¡Y muero a los 41 años!... Díselo... Su Santidad el Papa lo sabe... Mi asistente doméstico me ha robado más de doscientos millones... ¡Voy a hacer estallar este polvorín en esta casa! ...

Al día siguiente, después de repetir una vez más que está agonizando, dice que ha sido enterrado el día anterior y, declaración hecha múltiples veces, que sus alimentos pasan por sus pulmones. Interpela a dios al que injuria: « ¡Estúpido anciano! » etc. Llama a los bomberos para que retiren « las bombas que están bajo el monasterio y bajo la ciudadela ». Esta sobreexcitación va aumentando el 11 de febrero. Tiene grandes dificultades para tomar su comida, luego de haber insultado a los médicos y a los enfermeros. Llega el doctor Meuriot. A él le obedece, sentándose a la mesa, pero le insulta y le tutea comiendo:

- ¡Tu eres un infame muñeco!

Y el monólogo continúa incoherente, interminable:

- ... ¡Usted miente! El sacerdote lo ha dicho... ¡Dios, usted está loco!... Vea usted que François confiesa haberme robado ochocientos millones... ¿Entiende? Ha robado a los editores... No soy yo, es el barón de Vaux quién ha declarado la guerra y es el quién ha insultado a Paul de

<sup>1</sup> Cf. Sobre esta inquietante cuestión, los *Souvenirs* de François (ed. Plon) y la *Vie anecdotique de Guy de Maupassant* (Rasmussen, ed.)

Cassagnac... ¡Como! ¿No sabe usted que son los generales y los archiduques quienes me habían enterrado vivo en Cannes? ... Usted no puede matarme. Soy inatacable. Soy yo quién lo matará... Esta bomba viene de la princesa de Sagan y de la señora de Pourtalès... Reavive el fuego... Apague el fuego... ¡Voy a matar a todos los diablos!...

Etc. Ahora bien, este grandioso frenesí continúa al día siguiente. El desgraciado gritaba a pleno pulmón:

- ¡ ... Grancher! ¡si usted vuelve una sola vez, voy a enviarle treinta gotas de mercurio! ¡Usted no es más que un envenenador!... Señores banqueros, este dinero es mío... ¿No está usted loco dando cuarenta millones a los curas?... ¡No hace falta comer! Quiere ponerme la sonda<sup>1</sup>... Voy a hacer arrestar al Señor Meuriot quién me ha robado cien millones... Esto no es del ternero, es de la simiente humana que me ha sido proporcionada por los Celestinos... ¡Oh! ¡estas mujeres son asquerosas!... Yo tenía doce años... Se sabía que la señorita X... estaba podrida, y usted dice que yo... sobre un elevador! ¡Usted es un mentiroso, una vieja cotilla, una vieja canalla!... Yo no tenía dieciocho millones en Panamá... François dijo: « Eso es mío » Confesó todo... Yo lo mato. Lo tengo en mi poderosa mano... ¡Eres tú quién has enviado 4.000 bombas a París y soy yo quién las ha detenido!...

Mucho más tranquilo el 13 de febrero, recibe la visita de su primo el doctor Huchard a quién cuenta que su asistente doméstico se ha aliado con sus editores para robarle.

- Pero, en este momento, la policía está al tanto. Ella se alía con los autores contra los editores.

Tendrá la visita de los señores Ollendorff y Jacob al día siguiente, y al final de la jornada no recordará haberlos visto.

Siempre alucinado pero con bastante calma, lo verá el doctor Cazalis el 15 y lo entretendrá largamente con *la Medicina viajera*.

La idea de Dios resurge el 16. Habla solo en voz alta, pregunta a los que han llegado por « los quince millones que le habían enviado de Inglaterra. Luego:

- ... Los diablos son eternos... ¡Soy más fuerte que Dios!... La armada francesa es infame y está en un estado deplorable.

El 17, después de haber tenido grandes dificultades para alimentarse porque « los alimentos son del germen de momias y de soldados », clama:

- ¡Jesucristo se ha acostado con mi madre: soy el hijo de Dios!

¡Pobre, pobre genio y doloroso Maupassant! ¿No es para llorar? ¡Ah! Esto no es el testimonio impasible que trato de reconstruir, ¡Desarrollo paso a paso el lamentable vía crucis del mejor de nuestros escritores!

El 18 de febrero, abatido, no habla más que para afirmar que está muerto. Rechaza todo alimento. Se duda introducirle la sonda esofágica.

Fue encamado al día siguiente, durmió poco pero el 20 se alimenta normalmente. Entre otras palabras, dice:

- Lucifer se ha matado con el madeira: los diablos no deben beber nunca madeira... Las mujeres del mundo han sido deshonradas por mí... No deberé comer: usted me va a hacer morir.

Fue más lírico el 21, gritando que él era más poderoso que Dios, hablando de sus millones, creyendo haber sido robado que se se le quería robar todavía...

¡Círculo infranqueable de ideas retomadas y trituradas sin cesar! Se pasea durante bastante tiempo por el parque ese día y al día siguiente, día en el que, hablando solo en voz alta, se irritaba cuando se le dirigía la palabra, explicando que no quería ser interrumpido en sus conversaciones con su madre, su hermano y los generales. Añade, tras haber tenido algunas dificultades para tomar su comida, que la sonda esofágica le había producido « la sífilis negra. »

<sup>1</sup> Guy de Maupassant, durante una de sus estancias en los balnearios de aguas termales, había quedado muy impresionado por la operación de lavado de estómago que estaba por entonces muy en voga. Lo describió completamente en Mont-Oriol (Albin Michel, edición) pag. 212-213-214. De ahí – o tal vez de algún tratamiento similar – el horror que mostrará varias veces por la sonda en su delirio.

Todavía cree, el 23 de febrero, que se le quiere asesinar pero Dios sabe bien que él es inmortal... Matará a Dios dándole la sífilis negra. Su curiosa concepción de la *Medicina viajera* lo martiriza constantemente: habla confusamente de « mil doscientas bestias de morfina ».

- Señor Ministro de la Guerra, ordena de repente, envíe esta noche cinco generales al Observatorio. ¡Hace falta carne para la lucha de esta noche!

Al día siguiente maldice al Padre Didon quién le habría acusado de ¡mantener relaciones antinaturales con piojos, pulgas, moscas, etc. ¡

Hasta el 1 de marzo su excitación crece. Habiendo prescrito a los católicos de « hacerse limpiar los oídos por sus médicos » para poder oír de lejos, no para de hablar solo, con voz fuerte:

- ¡Señor Grancher, es usted quién ha robado mis recibos! ¡Señor Comisario, es necesario matar a este hombre!... El señor Meuriot ha comprado dos bueyes gordos con los millones que me ha robado.

Interpelará de nuevo al Comisario al día siguiente:

- ¡Los muertos hablan!... ¡Rápido, rápido! ¡Señor Comisario, libérese!... ¡Usted entiende!... ¡Yo pagaré su manutención!... ¡Señor Príncipe Imperial, venga!... Señor Rendu ¿es demasiado tarde? Es el momento de liberarme...

Sus palabras, añade (lo había dicho ya anteriormente) son oídas en el mundo entero.

Una pseudos-novedad, el día 27, en su delirio, que toma a veces un carácter erótico. El pobre hombre se indigna porque se le acusa, según él, de ser pederasta.

- Usted se lo ha dicho al Cielo; ¡usted ha firmado la infame carta!... ¡Es usted un ladrón, François, queda despedido!

El 29 afirma que la sonda esofágica le ha taladrado el cerebro:

- Hay un agujero.

Habla durante horas con su hermano « que está vivo en su tumba. »

El círculo se ha cerrado mucho: vemos reaparecer las mismas ideas en desorden, como semillas, irregularmente esparcidas en un recipiente hermético: las voces, la sonda, el dinero, la armada, etc...

Mientras recibe unas visitas, lo hemos visto, se vuelve sombrío y guarda silencio. No hizo excepción a favor de sus dos primos que fueron a visitarle el 4 de marzo.

Una novedad después de su internamiento, - reminiscencia ya oída por Auguste Dorchain en Champel – al día siguiente: cuenta su famoso viaje en globo. Finaliza:

- Jovis y sus acompañantes no veían como yo. Yo veía Francia entera. Mi vista tiene el poder de ver los países más lejanos.

Algo conocido, por desgracia ... la disgregación prosigue y se acelera.

- Mi madre, dirá el 6 de marzo, luego de haber recibido de mí veinte millones, ha gritado: « ¡Muero de hambre ¡...!» Padre, tu sabes que vamos a poseer toda Europa con nuestros globos: ¡una fortuna colosal!...

Y comienza a hacer esfuerzos para no orinar.

« La sonda le ha taladrado la cabeza. » Tiene « una enorme bola de sífilis negra » que es necesario extirpar.

El día 8, habla de locomotoras, de un viaje a Panamá, « a New Cork donde nació el primer Maupassant » (?) Redobra sus esfuerzos para no orinar.

No es necesario mear en la agonía, explica, ... Voy a tener una terrible fuerza... Pero si se me pone la sonda urinaria será mi muerte inmediata.

El día 9 reaparece la teoría de ideas poco variables y medicamento clásicas:

- Cocineros, bomberos, llevad la gallina al arroz. Habré debido comer todo el día. Tengo un apetito feroz. Cocineros, ¡envíenme una gallina entera!... Usted conoce el estómago de los diablos... Las paredes están llenas de morfina y de sífilis negras: ¡ellos no han comprendido que ellas me están matando!... ¡Dios! ¡Usted es el más feroz de los dioses! ¡Le prohíbo hablarme! ¡Usted no es más que un imbécil!

Esto, es todavía y siempre, el rasgo de la irremediable desesperación tan a menudo expresada:

« ... Dios no ha creado más que a seres groseros llenos de gérmenes de enfermedades que, después de algunos años de plenitud bestial, envejecen en la invalidez, con todas las fealdades y todas las impotencias de la decrepitud humana... »

« ... Yo concibo a Dios... como un monstruoso órgano creador, desconocido por nosotros, que siembra por el espacio millares de mundos, del mismo modo que un único pez pondría huevos en el mar. Él crea porque esa es la función de Dios; pero ignora lo que hace, estúpidamente prolífico, inconsciente de las combinaciones de todo tipo que son consecuencia de sus semillas esparcidas<sup>1</sup>. »

Entonces reaparece la idea de una bola de la que el quisiera librarse: deformación del viejo deseo de alejar la enfermedad de su pobre cuerpo atormentado por el dolor. Esta obsesión, que ciertos especialistas achacaron quizás a una de las formas más o menos fijadas del delirio histérico, le torturará durante mucho tiempo y evolucionará extrañamente.

El 10 de marzo murmura que lo van a operar.

- Tengo una bola de cólera mortal en el vientre... He ordenado cerrar la puerta... Es mi cocinero; ¡es un pordiosero! Usted sabe bien que yo no me he acostado con él, que yo siempre he sido detractor de la pederastia. Tengo razón para deshonrarle... ¡Usted no es más que un infame, un ladrón! Usted me ha robado ocho cientos millones y esta noche, es usted quién ha matado el madeira!... Es usted, Podofilia<sup>2</sup>, quién ha destruido al género humano.

Durante las dos jornadas siguientes gira siempre en torno al mismo círculo de sus ideas, habla de sumas fantásticas, dice que su abuelo ha enviado un millón a Inglaterra y continúa con la obsesión de la bola: se le va a hacer una terrible operación para quitarle una enorme esfera de metal que tiene en el vientre. Reitera sus blasfemias:

- ¡Dios! ¡Usted no es más que un monstruo!... ¡Diablo, mata a Dios!... Lucifer, ya ya he dicho bastante: tendré el mundo entero... Usted sabe bien que los dioses paganos me aman.

Sin transición, como es habitual, prosigue:

- Lléveme al billar... Estoy desarmado... Usted me ha metido 25.000 francos de mercurio en el cuerpo.

En estas palabras hay que ver una relación con un hecho señalado a la vez por Lumbroso, « según el asistente doméstico Joseph Girard », (?) y, lo que es aparentemente más serio, por el doctor R. Meunier<sup>3</sup>: ¿Maupassant, luego de un brusco acceso de ira, habría matado o herido a otro enfermo interno en París arrojándole a la cabeza una bola de billar? Nada, ni en los documentos tan numerosos que he tenido en las manos, ni en los testimonios que he podido recabar – nada, salvo quizás, las palabras anteriormente citadas, y aun así bastante insignificantes – no me permiten hasta el presente, ni creer la realidad de ese hecho, ni negarlo.

En génesis hasta entonces, he aquí que una nueva obsesión aparece el 12 de marzo. No tardara en evolucionar paralelamente a la de la Bola.

- No se debe orinar nunca por la noche pues la orina produce sueño: eso son piedras preciosas que no se deben meter en el orinal. ¡Le digo que eso alimenta el cuerpo!... Tengo un dinero terrible en mi vientre... Rusia entera me entiende... Inglaterra entiende... China entiende. Entonces usted sabe que yo tengo una fortuna colosal... El Cielo me ha robado esta noche... pero he hecho bien quedando aquí a causa de la sífilis negra... ¡Soy más poderoso que Dios!... Los ángeles van a asearme.

Al día siguiente hace todos sus esfuerzos para no orinar. Ahora bien, no ha orinado desde *la antevíspera a la noche*. Esta increíble retención está relacionada con lo que señalo en el tercer capítulo de la presente obra. Los médicos decidieron, a pesar del horror que él manifestaba por cualquier operación de este tipo, usar la sonda, lo que le puso en un estado de violenta sobreexcitación. Gritaba que había que conservar su orina.

- ¡Son diamantes! ¡Metedlos en la caja fuerte!

Y fue sacudido por una penosa crisis.

<sup>1</sup> *L'inutile beauté*, pasaje (Albin Michel editores)

<sup>2</sup> V. cap. III, p. 146, el relato de Andre Laurel, explicando el origen de esta obsesión tan frecuente en el delirio del gran escritor.

<sup>3</sup> Cf. (*Candide*, 23 de julio de 1925 (artículo de Léon Treich)

Fue necesario el día 14 usar la sonda esofágica para hacerle tomar aceite de ricino. Come convenientemente pero increpa a los médicos.

- El Director pederasta de la casa me ha destruido el cerebro con su sonda urinaria. No se podrá sondarme más: ¡se me mataría!... Hacen falta al menos tres meses... ¡Usted me ha robado cuarenta y dos mil millones!

El mismo delirio de grandeza<sup>1</sup>, el mismo rechazo a comer, la misma retención durarán hasta el 19 y durante esos cuatro días la aborrecida sonda debe intervenir.

El 19 manifiesta un apetito exagerado. A partir del 20, su locuacidad incansable aumenta todavía. Hasta el 22 inclusive, dice, entre otras cosas, que su hermano estaba empequeñecido, que lo oía gritar porque estaba privado de alimento y encerrado en un ataúd demasiado estrecho; - que él tenía en el vientre « un tumor lleno de sífilis negras y de cóleras mortales », - que el mundo entero le oía perfectamente cuando el hablaba de pie, en voz alta o baja, contra la muralla; - que tenía que comer sin parar durante todo el día a fin de conseguir hacer unos órganos nuevos y jóvenes, porque no tenía más sangre en las venas.

Sus acostumbradas obsesiones volvieron a comenzar el 23. Se niega a orinar « porque su orina está hecha de diamantes y de pedrerías que hay que conservar en la caja fuerte ».

Diciendo que está agonizando el 25, amenaza al médico:

- Si usted me sonda, le atacaré con mis ángeles guardianes.

La divinidad lo ocupa particularmente los días siguientes. Clama:

(El 25)

- ... ¡Detente, Jesucristo! ¡Yo no soy cristiano!

(El 26)

- ... Tengo el vientre vacío: mis huevos están rotos... ¿Es Dios quién le ha dicho que yo no era rico?... ¡Anciano estúpido, viejo tonto!...

(El 29)

- ¡Cállate, Jesucristo!... La miel esta hecha con flores envenenadas... Jesucristo es un imbécil... ¡Debería comer todo el día para hacerme unos nuevos órganos, viejo tonto!... No hace falta orinar: la orina está hecha de joyas. Es con las que yo iba a casa de las mujeres del mundo.

En abril se encuentra más alucinado, más incoherente, semejante al prisionero del famoso cuento que veía las paredes de su celda aproximarse la una a la otra insensiblemente pero sin cesar.

Se repetirá cada vez más, algunas obsesiones desaparecen unas después de otras.

El 4 de abril, dirá que el tumor que tiene en el vientre le ha sido dado por su madre y el 14 parecerá indiferente a todo lo que pasa a su alrededor. Es el fin del derrumbamiento.

Uno de mis documentos establece que en mayo estaba claramente ido.

No era más que la sombra de un hombre.

Esta frase del *Horla* aflora a mi memoria... « Cuando uno es afectado por algunas enfermedades, todos los resortes del ser están rotos, los músculos relajados, todas las energías desvanecidas... »

Cuando escribía esto, Guy de Maupassant era ya presa indefensa de este miedo de la destrucción prematura que el la más temible y, probablemente, el único invencible de todos los terrores humanos.

<sup>1</sup> Dice entre otras cosas, el 18: « Con mi pluma, gano treinta mil millones por día. »

## CAPITULO V

### EL DESMORONAMIENTO

Se acabó.

El escritor de genio cuyos primeros libros, deslumbrantes de vigor, de salud, cantan la alegría de vivir y cuya obra completa, incluso en sus líneas más inquietantes, no es más que transparencia, agonizará a partir de este momento sin saberlo entre los árboles, las hierbas y las flores de un parque silencioso.

Esta disgregación del cuerpo de un Hércules sucediendo al desmoronamiento de una alma de élite, durará catorce largos meses.

A veces estará alucinado, hablará solo, se mostrará violento, pero esos accesos de violencia serán cortos.

En octubre, no parará de querer desnudarse. En diciembre, tendrá todavía grandes dificultades para tomar sus comidas, si doy fe a un documento que tengo a la vista.

Como un lamento, la Vida abandona ese cuerpo que él llevaba triunfalmente, pero en enero de 1893, la parálisis general es evidente.

El estado del enfermo queda estacionario el 25 de marzo.

Ese día, el horror que venimos de revivir todavía es grande.

Durante seis horas seguidas, unas convulsiones epilépticas martirizan los músculos de ese rostro que fue tan hermoso, de la pierna izquierda y de esos brazos que fueron tan fuertes.

Se le pone una inyección de ergotina Yvon.

Por un extraño azar, esas crisis epilépticas habiéndose iniciado el 25 de marzo, se reproducen el 25 de abril y el 25 de mayo, como un día fijo.

Simple casualidad, según la opinión de los especialistas con los que yo he podido entrevistarme, pero ¿quién sabe si, más tarde, sobre esta cuestión, como sobre tantas otras, las doctrinas científicas no serán modificadas? Sea como sea, sigo siendo fiel a la línea de conducta que me he trazado al comienzo de este doloroso libro pero útil, mencionando esta coincidencia de fechas.

Sobre las convulsiones del 25 de abril, no he podido obtener ningún dato preciso. Después de este horrible tormento, el aspecto físico de Guy de Maupassant era lamentable.

Debilitado, envejecido, marchito, « los ojos enrojecidos y apagados », no era más que un vestigio de materia donde la destrucción se cebaba.

Un testigo que le vio, seis semanas antes de morir, refiere que los músculos distendidos de sus mandíbulas « le provocaban uno mofletes ».

« Sus hombros estaban encorvados y, con su mano delgada y pálida, se acariciaba inconcientemente el mentón.<sup>1</sup>»

Estaba también, en el jardín de Passy, bajo el cielo azul.

La caída llega entonces vertiginosamente.

---

<sup>1</sup> Cf. Madame X... *Guy de Maupassant intime* (Grande Revue, 25 de octubre de 1912, pag. 676.)

A continuación de las convulsiones epilépticas del 25 de mayo, Guy de Maupassant, por desgracia, se vio a partir de ese instante *ante la imposibilidad de tenerse en pie*.

El 14 de junio, nuevas convulsiones epilépticas torturaron esta carne miserable.

Ferozmente, la Muerte prolongaba la pasión de un ser que fue de algún modo el ideal vivo de su época.

A las diez de la noche, el 28, nuevas crisis se sucedieron casi sin intervalo.

Puede creerse que era, finalmente, el último sobresalto de ese cuerpo absolutamente en ruinas, que un excepcional sistema nervioso todavía galvanizaba.

No era más que el coma.

¡Persiste *hasta el 2 de julio!*

El acceso final no debía producirse hasta cuatro días más tarde.

El 6 de julio de 1893, a las doce menos cuarto de la mañana, luego de unas crisis epilépticas horribles, la envoltura carnal de Guy de Maupassant yacía por fin en eterno reposo.

Liberado.

Se han dado otras versiones sobre la estancia del autor de *Une Vie* en la Residencia del Doctor Blanche.

François Tassart, el testigo más acreditado sobre los primeros momentos del internamiento de su señor, a pesar de su discreción digna de todos los elogios, ha mencionado algunos hechos refiriéndose sobre todo a las breves horas en las que Maupassant parecía estar más o menos lúcido, lo cual por su parte es de una extrema delicadeza.

El lunes de Pascua (1892), escribe, « estoy en el jardín con mi señor y su enfermero. Ha adelgazado mucho durante el invierno y su paso es menos seguro. Nos sentamos en un banco, bajo un matorral cuyas hojas dejaban filtrar los rayos del sol. A pesar de todo, el enfermo demuestra su satisfacción viendo el renacer de la naturaleza. Admira esta bella pelusa verde y tierna que se extiende ante nosotros y relaja nuestra vista. Le comento la belleza un pequeño arbusto que tiene ya su corona de hojas casi blancas. Él me responde:

« - Sí, ese arbolito está bien, pero no es comparable a mis álamos de Étretat, sobre todo cuando sopla en viento del Oeste... »

El periodista italiano Diego Angeli ha contado - « según un cuaderno de observaciones registradas por los doctores Meuriot y Franklin-Grout » (¿?¿) que habría sido mostrado por el conde Primoli<sup>1</sup>, que la señora Lecomte du Noüy habiendo enviado un día unas uvas a Guy de Maupassant, este último le responde riendo y repitiendo varias veces:

- ¡Son de cobre!

Por otra parte, sabemos que, paseándose en el parque de la Residencia de salud, planta una rama en un parterre diciendo a su enfermero:

- Plantemos esto aquí: ¡el año próximo encontraremos aquí pequeños Maupassant!

Según el señor Cahen d'Anvers, él observaba mucho las plantas, visiblemente preocupado por las manifestaciones de la vida vegetal y deplorando los estragos hechos en las raíces y en los brotes por los insectos - o por unos seres imaginarios.

- He aquí, decía, los ingenieros que horadan la tierra, los ingenieros que la taladran...

Finalmente, Maurice de Waleffe, hablando de los últimos momentos de esta inteligencia moribunda, ha escrito que el autor de *Bel-Ami* acabo por lamer las paredes de su celda.

Si estoy en condiciones de certificar que yo no he dicho nada en este libro que no sea escrupulosamente exacto, (aún que no haya dicho todo pues los detalles penosos no añadirían nada esencial a esta relación cruel pero útil) nada, en mis documentos o en mis informaciones, me permite confirmar o desmentir estas últimas anécdotas. Las menciono aquí para proporcionar a la crítica literaria y científica una documentación lo más completa posible.

<sup>1</sup> En el *Correo delle Sera* (Julio de 1902)

Dejo a otros la tarea de epilogar, según los datos nuevos que proporciono, acerca de la multitud de cuestiones filosóficas, científicas y literarias que éstos generen.

Establecer un paralelismo entre el carácter de Goethe, genio sano por excelencia ante el universo, en realidad asmático (gracias a la torpeza de una comadrona), melancólico, agotado intelectualmente habiendo abusado del vino y de la voluptuosidad, místico y supersticioso<sup>1</sup>, - y el carácter de Guy de Maupassant sería tentador. Detenerse en la introspección externa que ambos presentaron, a semejanza de Alfred de Musset, estudiar el fenómeno del genio literario, incluso después de las bellas obras de Rémond y Voivenel, analizar, comparar, catalogar las neurosis, son trabajos que sería apasionante emprender.

Ello incrementaría inútilmente esta modesta obra y sus conclusiones, y en el estado actual de la ciencia no serían más que sencillamente provisionales.

Quién sabe, además, si Guy de Maupassant no enuncia una verdad definitiva cuando escribe, en *l'Inutile Beauté*, esta frase desesperante y formidable:

« ... El pensamiento humano es un feliz pequeño accidente de las casualidades de la fecundación, un accidente local, pasajero, imprevisto, condenado a desaparecer con la tierra y a volver a comenzar, quizás aquí o en otra parte, parecido o diferente, con las nuevas combinaciones de los eternos principios.»

Después del nacimiento del mundo, habrá sido uno de los más milagrosos de esos « accidentes pasajeros » que no se reproducen nunca idénticamente.

Sin evadirnos de nuestra existencia de personas privadas de genio, podemos envidiar y compadecer a este gran hombre que, habiendo alcanzado de un solo golpe, las cimas donde la Gloria se encuentra, fue precipitado del mismo modo, de un solo golpe, por el implacable Némesis, en la devoradora noche del Abismo – donde él se hundió con unos gestos y clamores inolvidables.

*Brie-Comte-Robert (S.- y- M.), abril de 1926*

FIN

---

<sup>1</sup> Esto ha sido apenas esbozado por el Doctor Volvenel.

## ÍNDICE DE MATERIAS

CAPÍTULO I.- El precio de la gloria	1
CAPÍTULO II.- El misterio del atavismo	5
CAPÍTULO III.- Angustia y vértigo	25
CAPÍTULO IV.- La ruina.	65
CAPÍTULO V.- El desmoronamiento	101